



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

Las mujeres que migraron del campo a la ciudad: crónicas de una vida de organización

Damaris Alejandra Torres Contreras

Memoria para optar al título de Periodista

Profesora guía: María Eugenia Domínguez Saúl

SANTIAGO DE CHILE

Julio de 2015

ÍNDICE

| | Página |
|--|--------|
| Resumen | 4 |
| I. Introducción | 5 |
| II. Crónicas | |
| “Creíamos que se acabaría el mundo por culpa del volcán” | 14 |
| “Nos trataban como las huachas porque vivíamos sin la familia” | 26 |
| “No podíamos votar porque creían que éramos tontas” | 41 |
| “Queríamos dejar de vivir en el barro”..... | 56 |
| “Ver el partido por la tele era como si me metiera para patear la pelota”..... | 68 |
| III. Epílogo | |
| “Con la dictadura se acabo el crecimiento de todos” | 80 |
| IV. Bibliografía | 89 |

DEDICATORIA

A mis padres por su eterno amor y apoyo incondicional, y por hacer todos los esfuerzos por brindarme la mejor educación posible. A mis hermanos, Alejandro, Pablo y Roberto por las carcajadas, largas conversaciones y complicidades de toda una vida juntos. A mi profesora guía María Eugenia Domínguez por su insistencia y compromiso en una memoria que se alargó tres años más de lo esperado. A mis amigos Víctor, Catalina, Francia y Constanza por el ánimo diario. Y a mi abuela, Demofila Díaz, quien inspiró la investigación y me enseñó que con perseverancia y humildad se puede lograr todo lo que se quiere en la vida.

RESUMEN

La memoria de título *Las mujeres que migraron del campo a la ciudad: crónicas de una vida de organización* retrata la historia de dos jóvenes que se desplazaron desde el sector rural a la capital de Chile durante la década del cuarenta. Asimismo, detalla el proceso de asentamiento en Santiago en medio de una época de florecimiento de nuevos movimientos sociales.

El estudio se hizo a partir de entrevistas semi abiertas y cuenta con seis crónicas que describen los principales hechos del siglo XX según el punto de vista de estas mujeres. El primer relato da cuenta de la erupción del volcán Quizapú, haciendo énfasis en la falta de información que reinó durante ese tiempo. Luego se describe la migración del campo a la ciudad, el trato que se les dio cuando llegaron a Santiago y la primera organización en la que participaron. Más adelante se detalla acerca del primer sufragio femenino en las elecciones presidenciales, la obtención de la vivienda, las tomas de terreno y, por último, el terremoto de Valdivia junto con el Mundial de Fútbol de 1962.

A modo de conclusión las entrevistadas relatan su experiencia en el golpe de Estado de 1973, momento que caracterizan como el fin de un proceso enriquecedor, a pesar de las adversidades.

I. INTRODUCCIÓN

“Hablar sobre migración del campo a la ciudad es hablar de mujeres”, reconocen las mismas que se trasladaron de los sectores rurales a los urbanos en búsqueda de un “mejor pasar económico”. Decidieron hacerlo cuando aún eran niñas y jamás pensaron en regresar a sus lugares de origen a pesar de las adversidades que debieron enfrentar en Santiago, la ciudad que las acogió sin otro deseo más que trabajaran como asesoras del hogar puertas adentro. Eufemismo del que ellas se ríen a carcajadas.

“Suenan bonito lo de asesora, pero nosotras no asesorábamos a nadie, recibíamos órdenes como empleadas que éramos”, afirman poniendo la boca hacia el lado mientras tratan de imitar a las acaudaladas patronas que las recibieron cuando llegaron “como Carmelas a la ciudad” en referencia a la obra *La Pérgola de las Flores* “que tan bien nos describe”, señalan estas mujeres en las casi diez horas de entrevista que, a pesar de su escurridiza memoria, se ofrecieron a dar para que las recuerden.

La memoria de título en cuestión retrata la historia de estas migrantes, con el objetivo de dar a conocer la visión que estas dos mujeres tienen de lo acontecido entre 1930 y 1973 a partir de sus propios testimonios. Asimismo, caracteriza el período histórico en el que se produjo el traslado y los diversos acontecimientos políticos y sociales de aquella época, pero vistos desde la lupa de las entrevistadas: Demofila y Elena.

Demofila Díaz Valenzuela, nació el 18 de octubre de 1926 en el Fundo de Comalle, una propiedad ubicada hacia la costa Curicó en la séptima región del Maule. Es la cuarta de diez hermanos. A los 16 años de edad (1942) se subió a un tren que la trajo a Santiago. Sus aspiraciones eran ser asesora del hogar y ahorrar para ayudar a su familia económicamente. Tuvo dos hijos, participó de las organizaciones sociales de la década del cincuenta y sesenta y se estableció en la capital, específicamente en la comuna de Quinta Normal, en un sector que después pasó a ser del municipio de Estación Central.

Elena Mella Cabello, nació el 7 de julio de 1927 en San Vicente de Tagua Tagua, sexta región de Libertador Bernardo O'Higgins. Es la número doce de veinte hermanos y unos meses antes de cumplir la mayoría de edad, que para esa época eran los 21 años (1948), tomó sus maletas y se instaló como asesora del hogar en una acomodada vivienda de Santiago. Su objetivo era ayudar con dinero a sus padres para que se compraran una casa. Sin embargo, en esta ciudad se casó y tuvo tres hijos, dos niñas y un varón que falleció al poco tiempo de nacido. Sólo regresó a su lugar de origen para visitar a los familiares que echaron raíces en aquellas tierras que la vieron crecer.

Historias similares

Aunque no se conocieron en las décadas retratadas y tampoco después, las historias de estas octogenarias mujeres (al momento de la entrevista Demofila tenía 85 y Elena 84 años) son similares en varios aspectos, como por ejemplo, haber nacido en un fundo, provenir de familias numerosas, viajar a Santiago e

instalarse como empleadas de casas particulares, participar de diversas organizaciones, conocer de cerca lo ocurrido en las tomas de terreno, entre otras situaciones que quedaron en la memoria colectiva como importantes logros sociales.

Ellas, como tantas otras, vivieron los cambios que se registraron en Chile durante aquella época de ajustes en la organización estatal, pero que lamentablemente casi no han sido consideradas en los documentos oficiales. La razón: “ser mujer, pobre y migrante”, sostienen las mismas con una lucidez que sólo entrega el paso de los años y la experiencia de vida.

En sus relatos se cruzan temas sobre la pobreza, la educación y la falta de oportunidades como una constante que lograron sortear “sólo cuando sus hijos crecieron o más bien cuando se fueron de la casa materna”, aseguran. Antes no había espacio para detenerse a meditar en las condiciones en las que se encontraban sin que “nuestro estómago nos recordara que había que tener un plato de comida”, añaden con tremenda sonrisa en las caras, porque consideran que hubo otras materias que las enriquecieron y que por estos días no se ven. La organización entre vecinos es una de ellas.

Otros temas que abordaron en las prolongadas conversaciones son la independencia laboral, la familia y la búsqueda de derechos y equidad, como fue el caso de las primeras votaciones femeninas en elecciones presidenciales o los postulados del movimiento liderado por la profesora Amanda Labarca que

llegó a oídos de estas mujeres a pesar de la diferencia social y económica que existía entre ellas.

A lo anterior también se suman temas como las catástrofes naturales, el mundial de fútbol de 1962 y la llegada del televisor. Todas historias que las marcaron y que aparecen en sus relatos más de una vez como símbolo de un pasado que pareciera estar mucho más presente que la actualidad inmediata. “Menos mal todavía me acuerdo de mis nietos, porque cuando sólo recuerde mi niñez es porque han pasado más años de los necesarios”, afirma Elena al finalizar una de las entrevistas.

La crónica como instrumento de narración

Muchos de los relatos de Demofila Díaz y Elena Mella son difíciles de comprender si es que no se está un día entero con ellas o quizás más, porque, claro, los años les pesan al momento de hacer memoria sobre ciertos acontecimientos que quizás les fueron importantes hace bastante tiempo.

En ese contexto, la mejor manera de retratarlas fue la crónica. Género periodístico que permite acercar esas reminiscencias con toda su carga emocional y transportar a la época que se está relatando. En este caso, una época marcada por catástrofes naturales, por políticas y políticos proteccionistas, populistas, izquierdistas y liberales, motines de distintos bandos, ajustes en el Estado y por flujos migratorios que hicieron que Santiago

creciera cerca de un 3% anual a partir de 1907, según indica el Instituto Nacional de Estadísticas (INE).

Todos esos acontecimientos históricos que se encuentran en los libros, adquieren otro valor al ser narrados por estas mujeres, quienes mezclan en ellos sus propias percepciones, como también un sin número de otros sentimientos que aparecen cuando se hace un repaso por su propia historia a más de ochenta años de haber nacido.

Esas emociones caben en la crónica y la convierten en un género atractivo por la intencionalidad y familiaridad que adquieren los textos, pues hacen sentir que no se está distante de los sucesos que afectaron al otro o, como en este caso específico, a las otras.

Revisar la historia: labor del periodista

Así como el género es importante al momento del relato, también lo es la revisión de la historia en el trabajo periodístico.

No se trata de investigar o escribir como lo haría un estudioso de la disciplina, sino de rescatar a personas o acontecimientos y hacerlo con la rigurosidad que merecen: estudiando, investigando y entendiendo que la historiografía es necesaria para comprender mucho más que el contexto de un entrevistado.

El periodista Víctor Herrero, escritor de la biografía desclasificada del dueño del diario El Mercurio, Agustín Edwards Bello, describe este proceso de la siguiente manera: “siempre he sentido que por desgracia, en Chile el mundo del periodismo y el de la historiografía apenas se topan. Los primeros creemos que el mundo se inventó esta mañana, o con suerte el lunes último; los segundos, creen que lo ocurrido en el último medio siglo aún no forma parte de su corpus de estudio. Esta falta de conexión entre una disciplina y otra lleva a grandes vacíos y, a veces, a décadas enteras que desaparecen del mapa. Ciertamente, existen notables excepciones, pero incluso estas suelen centrarse en los hechos más notorios de la historia reciente chilena como lo es el golpe de Estado de 1973, en desmedro de la menos espectacular evolución histórica”.

Tal como dice Herrero, hay historias que no fueron parte directa y trascendental de los acontecimientos nacionales, pero sí los vivieron desde una perspectiva distinta. Incluso, podría decirse que fueron los conejillos de indias de políticas gubernamentales, económicas y sociales que luego se desarrollaron con mayor o menor trascendencia.

Son justamente esos retratos, a veces perdidos o inadvertidos, los que enriquecen la historia con mayúscula, como tanto les gusta decir a los expertos, con otras voces que no están en el medio oficial, pero que también tienen mucho que decir.

Rescatar a estas personas y contar su historia ayuda a comprender procesos y aporta a darle un lado más humano a estos hechos que muchas veces son remitidos al mero acontecimiento sin el valor que le podría otorgar otro punto de vista.

Esa es una de las labores del periodismo. Encontrar esas fuentes y revitalizarlas, para que luego, cuando se hable de la mayor erupción de un volcán en Chile, por ejemplo, se sepa cómo lo vivieron los habitantes de las zonas afectadas o cuando se escriba acerca de la primera elección presidencial con voto femenino sepa quienes no podían votar a pesar de la ley.

Y ahí está la relevancia actual de este estudio, pues permite comprender la labor de las mujeres comunes y corrientes en la construcción de la historia del siglo XX nacional, en la otorgación de derechos básicos, en la formación de la ciudad de Santiago y otras materias que en estos momentos parecen tan normales para los coterráneos, pero que para ellas fueron de una gran novedad.

Estos relatos muestran el “lado B” de una historia que se enseña y repite varias veces en las instituciones educacionales hasta quedar grabadas en la memoria colectiva. Asimismo, posibilita conocer otras maneras de asimilar el pasado de Chile y comprender que Santiago, la ciudad capital, está formada por mujeres que se la jugaron por revitalizar y darle identidad a este espacio común.

Las crónicas de las “abuelas”

A continuación se presentan las historias de estas mujeres, construidas por medio del relato de los hechos que las impactaron en el desarrollo de sus vidas y que las marcaron en la identidad que construyeron sin más interés que el de “ser felices”, como ellas mismas describen.

Crónicas que van desde la erupción del volcán Quizapú y la vida en los fundos, el terremoto de Valdivia, el sueño de la casa propia y las tomas de terreno, la Juventud Obrera Católica Empleadas, entre otros temas que rememoran a pesar de su edad.

Como epílogo, en tanto, se presentan las impresiones que Demofila y Elena tuvieron del golpe de Estado de Augusto Pinochet y que finalizó por el proceso republicano que habían vivido hasta ese momento aquellas mujeres. “Una época de estancamiento que no nos permitió seguir creciendo como lo habíamos hechos antes. En todo sentido. En el personal y en el de Chile”, cuenta Elena.

“No es que antes haya sido mejor. También hubo muertes y exilios, pero no de la forma con la que actuó el dictador”, prosigue Demofila. “Se acabó el Estado y los presidentes y eso ya es demostrativo de la tragedia”, sostiene Elena.

Desde el 11 de septiembre de 1973 se terminó con el proceso que habían vivido desde la migración a Santiago, y se convirtió “en un período paralizado”,

reconocen ambas. Y agregan que en adelante comienzan con el proceso a la vejez. “Ya no es lo mismo ni el mismo ritmo de cuando jóvencitas”, dice Elena, quien agrega que quiere seguir viviendo “para contar a la nuevas generaciones estas cosas que están por olvidarse”.

II. CRÓNICAS

“Creíamos que se acabaría el mundo por culpa de ese volcán”

“Acabo de mundo, esto es acabo de mundo” lloraban las mujeres mientras el cielo se oscurecía y las gallinas se iban a sus refugios desconcertadas por tener tan pocas horas de luz.

Era el 10 de abril de 1932 y la erupción del Quizapú inundó la séptima y la sexta región “en un hongo de cenizas, polvo y material volcánico, producto del arrastre de los vientos”, dice el libro *Estudios sobre la crisis volcánica de la cordillera de los Andes* de Julio Bustos Navarrete, director del Observatorio de Salto de la Escuela de Aviación, quien recorrió la zona luego de la catástrofe.

“Llovió cenizas. Se oscureció todo. Eran las 11 de la mañana y quedó como si fuera de noche. Se oscureció todo, todo. Se acostaron las gallinas, todo. Creíamos que era de noche o que se acababa el mundo”, relata Demofila, que para aquella fecha sólo tenía seis años, pero el impacto de los acontecimientos hizo que guardara el recuerdo en su huidiza memoria.

“Me acuerdo que mi mamá con unas tías rezaron en todo momento al lado del fogón. Nosotros teníamos que estar a su lado y hacer lo que nos pedían, es que ellas suponían que era un castigo de Dios”, dice Demofila. Y agrega: “Un castigo por nuestros pecados en la tierra. Yo, la verdad, no entendía nada. Me

la pasé en la cocina tomando mate con leche mientras afuera se sentía como la ceniza tapaba el techo”.

“Al tiempo nos enteramos que había sido el volcán que está cerca de Talca el que había hecho erupción”, cuenta Elena, quien no recuerda haber vivido el acontecimiento, pero sí lo que se comentó después entre los vecinos de San Vicente de Tagua Tagua, lugar donde nació.

La furia de los Descabezados

La erupción que mencionan es la del volcán Quizapú del grupo de los Descabezados, ubicado en la región del Maule y cercano a la comuna de San Clemente. Según los anales del centro del Servicio Nacional de Geología y Minería de Chile, Sernageomin, ésta es una de las explosiones más grandes que se ha registrado en el país hasta la fecha.

La formación de este volcán “se inició en 1846 y fue observada por arrieros locales (...). Previo inicio de la erupción de 1932 se había registrado una constante actividad eruptiva desde comienzos de 1900, la cual consistía principalmente en erupciones intermitentes, de corta duración y baja explosividad”, señala el texto *El volcán Quizapú y la erupción histórica más grande de Chile* (Arias, Romero; 2011: 1).

“Lo gracioso es que ahora pensar que era un castigo es muy chistoso, si nosotros donde nos paráramos en la noche, allá a lo bien lejos siempre

veíamos al volcán echando llamas. Incluso mi papá siempre decía: Hay que tener cuidado con ese (por el vocán), porque cuando se le de la gana nos tira todo encima. Y así fue. Y una rezándole a todas las virgencitas, qué tontera”, ríe Demofila.

La mujer continúa diciendo: “yo creo que todavía no iba al colegio en ese año, pero mis hermanos sí. Hasta donde me acuerdo, que ya a estas alturas es muy poco, a los mayores los estaban preparando para que fueran a clases, cuando de la nada se puso todo negro, y al rato llegó una tía gritando ‘acabo de mundo, acabo de mundo’ a mi casa”.

El volcán estalló aproximadamente a las 10 de la mañana y “a las 11:30 ya alcanzaba una altura de 16 kilómetros sobre el cráter (...). A las 16 horas la columna eruptiva alcanzó unos 27 kilómetros del cráter. Sin embargo tal como el registro indica, las explosiones audibles en el valle central se hicieron más intensas y numerosas a las 21 y 23 horas junto con la incandescencia de la columna, lo cual podría ser evidencia de que el paroxismo (pick de actividad explosiva) se alcanzó a esa hora”, afirma la publicación de Romero y Arias (2011: 2).

Además, señala que por causa de aquel fenómeno “se abrió la ladera norte del cráter Respiradero, de cerca de 900 metros de diámetro, generando una columna de ceniza de varios kilómetros de altura y caída de piroclastos en junio de ese mismo año”. Y prosigue: “Numerosas explosiones habrían continuado hasta fines de 1932. Estudios en curso del Programa de Riesgo Volcánico,

sugieren actividad en el volcán Descabezado Grande con posterioridad a la gran erupción del volcán Quizapú en 1932, la que habría generado flujos de 8 km de longitud desde el cráter central”, expone el informe.

En el texto *Erupciones del Quizapu: tras las huellas de Domeyko, Fuenzalida y Bruggen* del Programa de Riesgo Volcánico de Sernageomín, se detalla cómo vivió el especialista de la Universidad de Chile, Humberto Fuenzalida, la erupción:

“El día 10 de abril del año 1932, los habitantes de la región talqueña pudieron observar un curioso fenómeno sin precedentes, hacia la cordillera. En la atmósfera, perfectamente límpida y bajo un cielo azul adornado con un hermoso sol otoñal, se eleva una imponente columna de humo, color gris sombras. La imponente columna ocupaba en su base todo el espacio que queda entre el Descabezado y el Cerro Azul, estando esta última cima oculta en buena parte tras el denso humo (...). La columna se elevaba, ensanchándose paulatinamente, a medida que ganaba altura, hasta unos 10 ó 12 mil metros de altitud, en donde el viento SW, que soplabo ese día, dispersaba las volutas periféricas en una niebla tabular, que hacía una especie de halo en torno de ella. Pero el empuje ascendente de los gases continuaba por el centro de la columna, donde no alcanzaba el viento, dando, por sobre ese halo, un casquete que la sobrepasaba todavía por dos o tres mil metros. La columna toda, observada desde Talca, tenía una pequeña inclinación hacia el Norte”, contó quien luego de la erupción ascendió al volcán para obtener más detalles. (Amigo, 2009: 3)

Testimonio que se relaciona con los expuesto por Demofila y Elena, quienes dicen: “Lo que tengo grabado es que mi papá salió a guardar las vacas que a esa hora pastaban. Mi papá e incluso el patrón estuvieron ayudando a meterlas adentro de un especie de ranchito que le tenían porque el humo se venía encima”, cuenta Demofila, quien vivía al norte de Talca en Comalle. Y agrega que “juntaron agua por si el pozo se contaminaba, me acuerdo de eso, porque yo tuve que ayudar a mis hermanos mayores a llevar los baldes. Yo llevaba uno chiquitito”.

“Me quedó grabado cuando todo se puso negro y se hizo de noche. Lo único que recuerdo, no sé si es porque me lo contaron o porque ciertamente lo viví. Bueno, entonces, se puso tan oscuro que nos tuvimos que acostar temprano y pasar el resto del día haciendo como que dormíamos, pero era imposible, me acuerdo que la cara de mi madre era de terror”, señala Elena.

“Primero fue un ruido fuerte, así como si viniera un camión botando las casas y los ranchos y de repente todo se nubló y llovió ceniza, nunca se me va a olvidar”, apunta Demofila. “Al día siguiente, o varios días después no me acuerdo bien pero fue cuando nos dejaron salir a jugar al patio, estaba todo plomo, viera lo lindo que se veía, parecía que fuera nieve, jugamos todo el día, y mi papá con los demás que trabajaban en el fundo fueron a ver de donde corría la lava y llegaron con piedras pómez que usábamos para los pies”, sostiene riendo.

Las cenizas cruzaron la frontera

El movimiento hacia el norte de la fumarola significó que el sonido de las erupciones y la misma ceniza llegara, incluso, a Valparaíso. Así lo describe otro investigador de la Universidad de Chile llamado Jaime Bruggen, compañero de Fuanzalida:

“La erupción presentó una serie de fenómenos interesantes. Así, se notaron hasta 300 km de distancia, hasta Santiago y Valparaíso, fuertes detonaciones que al principio, desde las 14 horas se sucedían a intervalos de medio a un minuto, pero que desde las 17 horas se producían en forma tan seguida que las ventanas y puertas temblaban sin interrupción. Se trataba de ondas propagadas exclusivamente por el aire que, además presentaron la particularidad que no fueron oídas en la vecindad inmediata del volcán (...). Además, las detonaciones oídas en Santiago parecen provenir de ondas reflejadas en una capa alta de la atmósfera, tal como en la guerra mundial las explosiones de las granadas pesadas se sintieron con gran intensidad a 200 y 300 km de distancia, mientras que a menor distancia había una ancha zona de silencio” (Amigo, 2009, 4).

Pero no sólo se sintió en Chile, sus cenizas, incluso, llegaron a la ciudad de Buenos Aires en Argentina, cubriendo gran parte del terreno allende la cordillera. El diario La Nación del país vecino tituló así los hechos el 13 de abril

de 1932: “La actividad volcánica en la cordillera se torna grave. Una nube de ceniza cubre la parte sur del continente”.

A continuación redactaba que “en el espacio sin transparencia se movía, algodonosa y continua, la cerrazón cenicienta. (...) Gris la ciudad, gris las llanuras, gris y tanto el firmamento, evocaba en cada uno impresiones dejadas por viejas leyendas, a las que se asocia el confuso tema de los milagros antiguos. (...) La multitud se encontraba ante un fenómeno, y un fenómeno es, precisamente, el milagro, explicado, definible, pero milagro al fin”.

Chile no quedó ajeno a las causas celestiales para comprender dicho fenómeno. El periódico El Mercurio sostenía, el mismo día que el diario argentino, que aún no había certeza de lo que ocurría, pero que la gente y animales salvaran de tan nefasto acontecimiento por “obra del cielo”.

Otro de los titulares que abundó fue el que señalaba que las fumarolas no sólo llegaron a Argentina, sino también hacían un recorrido por Uruguay, Brasil y luego se dirigían a Sudáfrica arrastradas por los vientos.

Todos estos datos hicieron que la erupción del volcán Quizapú quedara como “la más grande registrada en los Andes durante el siglo XX evacuando un volumen de material volcánico cercano a 9.5 km³”, asegura la investigación *El volcán Quizapú y la erupción histórica más grande de Chile* (2011: 2).

Yo nunca supe que había sido tan grande la erupción”, dice Demofila. “Era muy chica para saberlo, pero no me acuerdo que hayan hablado que se fue el humo para Argentina”, afirma Elena.

Desabastecimiento: La consecuencia de la erupción

El desabastecimiento que complicó a las zonas cercanas al evento fue de lenta solución, partiendo porque en el sector cubierto de cenizas los animales que habían sobrevivido a aquel hervidero de fuego que recorrió parte de la séptima y sexta región no tenían donde pastar.

“Ahí todos tuvimos que cooperar en la limpieza, con rastrillos y todo, para poder sacar un poco las cenizas del suelo y para tener para alimentar a los animalitos. Estaban encerrados los pobres”, recuerda Demofila. “Yo sé que hubo varios que murieron y que nadie los pudo salvar. Nosotros como estábamos más alejados parece que no tuvimos tantos problemas”, señala.

Durante este período aún no se pensaba en una reforma agraria que erradicara los fundos, por lo tanto toda la ayuda que el estado entregó se fue directo a los bolsillos de los patronos, quienes a los días de la catástrofe viajaron a Santiago a solicitar ayuda del gobierno central para paliar la situación que se estaba viviendo en sus tierras.

El diario El Mercurio en la publicación del 22 de abril de 1932 sostuvo que este fenómeno dejó en la quiebra a varios de los latifundistas que habitaban cerca al

sector de los Descabezados, y que el Estado intervino con ayuda monetaria y de personas que ayudaron en la limpieza. Además, de prestar cobijo mientras se moderaban los efectos de la catástrofe.

El momento de inestabilidad política que vivía el país tampoco ayudó a disminuir los problemas que acarreó lo sucedido. Sin bien no hubo registros de muertes a causa de la erupción, bastante del terreno agrícola de las regiones afectadas quedó inutilizable.

Para la fecha que ocurrió el desastre natural se encontraba al mando Juan Esteban Montero, quien pasó de vicepresidente a tomar la batuta de Chile, luego de la renuncia del general Carlos Ibáñez del Campo en su primer mandato.

Montero manifestaba su preocupación por la ayuda que el gobierno podía prestar cuando no había dinero en las arcas fiscales: “El sector de Talca se encuentra en total desprotección debido a la erupción del volcán que tiene a animales y granjeros con hambre y sed, pero el gobierno todavía no toma las riendas del asunto, porque no tiene de donde abastecerse”, publicó en El Mercurio el 17 de ese mes.

Este hecho acrecentó la crisis económica que vivía Chile. Si bien las ayudas necesarias llegaron a tiempo (dentro de lo posible para la época), no cumplieron con los requisitos necesarios para toda la población

En Talca la labor más importante que realizaron fue la de recoger en toda la zona poblada las cenizas y material volcánico para despejar la calles y permitir que creciera la vegetación que servía de alimento tanto para las personas, como para sus animales.

“La ceniza fue enterrada en grandes fosas que se cavaron a las orillas de los caminos más apartados de los fundos y caseríos, cercanos a los cerros. Nadie quería tener más ese polvo en su casa. Todos los que vivían en aquellas regiones debimos participar de la limpieza y cuidado de los animales y cultivos. Eso sí, no me acuerdo de cuando se terminó todo”, señala Demofila.

Este era uno más de los problema que estaba viviendo el presidente Montero en la época. La crisis económica, producto de la Gran Depresión de 1929, y la crisis social e institucional en la que estaba sumido su gobierno se acrecentó cuando el coronel Marmaduke Grove, apoyado por la aviación, proclamó la República Socialista dos meses después de la erupción del volcán.

En este movimiento cívico militar convergían jóvenes socialistas liderados por el abogado masón Eugenio Matte Hurtado, militares adeptos a Grove y partidarios del ex presidente Ibáñez del Campo, aglutinados en torno a la figura de Carlos Dávila, se atrincheraron en la base de la Fuerza Área de El Bosque y exigieron con éxito la renuncia del entonces mandatario.

Dávila, quien a las semanas se proclamó presidente de la República, mandó al exilio en Isla de Pascua a Grove y Matte por diferencias en la organización e

interpuso como medida el estado de sitio, introdujo la censura a la prensa y buscó revertir la crisis económica y social imperante con fuertes medidas económicas estatistas.

Sin embargo, ante la falta de apoyo civil y militar se produjo su caída el 13 de septiembre de 1932, asumiendo el mando el general Bartolomé Blanche, quien llamó a elecciones presidenciales y parlamentarias terminando con la República Socialista de Chile.

Contaminación y desinformación luego de la erupción

En medio de esta batahola, se podría decir que lo menos importante fue solucionar lo ocurrido con el volcán Quizapú. Y así se manifiesta en los medios de comunicación, los que estaban más preocupados de estos temas que del desabastecimiento en la zona afectada, como se comprueba en la falta de noticias que hay al respecto en otros periódicos de la época.

“A mí me parece un poco terrible si es así, porque parece que necesitábamos más ayuda. Los pozos de donde sacábamos agua salían medios contaminados y por lo poco que me acuerdo nadie tenía dónde tomar agua. Tampoco era que nos cuidáramos tanto que ésta fuera limpia, antes no existía esa costumbre, pero mi mamá a veces ponía agua al fuego para que bebiéramos. Creo que eso hacía para que no tomáramos ceniza”, cuenta Elena.

“Ahora no sucedería eso, seríamos noticias mundial. Todos los canales de la tele, la radio y los diarios mostrarían lo que pasó”, reconoce Demofila. Pero nosotros parece, como buena gente de campo, le pusimos el hombro. Total ya no podíamos ser más pobres y, como decía mi mamá de la tierra siempre hay algo para comer”, termina.

“Nos trataban como las huachas porque vivíamos sin la familia”

“Fue cosa de llegar a Santiago y ponerse a trabajar como empleada doméstica”, dice Demofila. “Es que para eso me fui de mi casa, para ganar dinero como nana y ayudar a mi familia” destaca Elena.

Ambas mujeres migraron del campo a la ciudad cuando tenían 16 y 21 años, respectivamente, y pasaron a engrosar la lista de las empleadas puertas adentro de casas particulares.

Según datos del Instituto Nacional de Estadísticas, INE, entre los años 1940 y 1960 se produjo una oleada masiva de personas que llegaron a asentarse a Santiago con la esperanza de conseguir un mejor pasar (migración menor que la de comienzos de siglo).

De ese flujo al menos el 43% eran mujeres que vinieron a acrecentar el sector terciario, ya que cumplían labores de “vendedoras, lavanderas, empleadas de casas acomodadas o costureras”, explica el Informe Nacional de Demografía y Sociedad del INE de 1955.

En tanto, el Censo de Población de Chile de 1952 indica que aproximadamente el 40% de las mujeres económicamente activas estaban empleadas en el servicio doméstico, y comprendían más de cuatro quintos de esa ocupación, reseña el ensayo *Muchas Zitas: la Juventud Obrera Católica y las empleadas*

de casa particular de Elizabeth Quay Hutchinson aparecido en el libro *Mujeres. Historias chilenas del siglo XX* (2010: 37).

“A eso veníamos: A ser empleadas de casa particular”

Trabajar en lo que ahora se conoce como asesora del hogar, fue una de las consecuencias del desplazamientos femenino del campo a la ciudad que se desarrolló durante comienzos del siglo XX y la década del 70, mayoritariamente.

El libro *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género* de la española Carmen Gregorio Gil, señala que este desplazamiento se debió a una decisión “individual y racional que los individuos y sus familias llevaron a cabo basado en la evaluación de factores políticos o económicos”. (Gil, 1998: 22)

Este último elemento fue el que determinó el viaje de Demofila Díaz y Elena Mella, quienes aseguran que migraron por el deseo de contribuir al bienestar de su familia. Y es justamente lo que añade Gregorio Gil al explicar que el aliento que entrega el círculo cercano es lo que más contribuye a realizar la migración y eso “independiente de la relación de parentesco de la persona que acumula los recursos dentro del hogar y el poder sobre la movilidad de la mujer, ejercido sobre todo por los esposos o padres”, señala la autora, agregando que “los beneficios económicos que puede aportar la emigración de estas mujeres en sus hogares se priorizan frente a las posibles restricciones

económicas y sociales que se ejercen hacia éstas en algunos hogares”. (1998: 120)

“En otras palabras se piensa más en el dinero que en nuestra felicidad”, se ríe Elena al asegurar que ella estaba consciente de la decisión que tomaba. “Más que mal yo me vine en 1948 y ya tenía 21 años o estaba por cumplirlos. Era mayor de edad, pero había otras niñas que lo hicieron a los 15, muy lolitas”.

El caso de Demofila es ese. Migró en 1942 con tan sólo 16 años, incentivada por la madrina de su hermana menor, Juanita, quien le prometió un buen trabajo en una casa respetable.

“La Juanita se encargó de buscarme una labor en Santiago. Me llevó a la casa de una española donde estuve trabajando con una señora que era viuda. Ahí entré haciendo aseo, después estuve de cocinera y cuidé a su hija con síndrome de Down”, cuenta.

La labor de estas “otras mujeres” es determinante a la hora de planear el viaje. El texto de Grogorio Gil manifiesta que, por lo general, estas mujeres son entusiasmadas a salir de sus hogares por personas cercanas que luego las reciben en el lugar de migración. Tal cual como sucedió con Demofila y, también, con Elena.

“Yo me vine con trabajo, no busqué. Una señora me lo ofreció y yo me vine a trabajar a la casa del doctor José Exequiel González Cortés. La casa quedaba en Providencia con Manuel Infante”, cuenta Elena. Y señala que la contrataron en San Vicente de Tagua Tagua: “Andaban buscando a alguien que viniera a cuidarles los niños que eran los nietos del doctor y como los conocí de chiquititos los tomé como mi familia, total a eso habíamos venido: a ser empleadas de casa particular”, enfatiza.

Demofila también sabía el cargo que ocuparía, incluso antes de tomar el tren que la traería a la ciudad. “Yo sabía a lo que venía a Santiago y preparé el camino para que mis hermanas también lo hicieran”, explica.

Lo último es determinante, ya que el flujo de mujeres a la capital se incrementó a medida que éstas trajeron a sus pares a vivir a Santiago. La investigación de Carmen Gregorio Gil sostiene que la mayoría de las migrantes trasladan a sus hermanas y, en menor medida a sus hermanos, al lugar donde se encuentran. Y Elena corrobora esta materia con un “obvio que me las traje”.

“¿Yo creo que fue para que me hicieran compañía, estaba sola en un sector que no conocía; y porque yo siempre creí que acá tendrían más posibilidades de encontrar un trabajito, aunque fuéramos pobres. Siempre había algo que hacer”, sentencia esta anciana que hizo migrar a tres de sus veinte hermanos. “No me traje a más porque los demás ya eran más grandes, imagínese que yo era la doce. Queda claro que antes no había tele”, cuenta a carcajadas.

Parecido fue lo que hizo Demofila, quien siguió los pasos de la mujer que la instó a venir a Santiago y practicó lo mismo con sus hermanas, a las que convenció de venir a trabajar en la casa donde ella misma laboraba. “Yo apenas pude le dije a la Eliana y a la Ana que se vinieran. Allá, después de la muerte de mi papá y posterior fallecimiento de mi mamá, estaban puro pasándola mal. Estaban al cuidado de mi hermana mayor que se casó con un hombre bien bueno para el trago que no las trataba bien, entonces, pensé que les podía pasar lo peor”, cuenta.

“Comencé de a poco a traerlas. Primero a la Eliana que era más grande y después a la María que era la menor. A ella la pusimos en las monjas al tiro y fue la que tuvo mejor educación porque llegó al último año de Humanidades. Al final se vino la Ana con el Lucho que era el más chico de los hombres, debió tener ocho años, más o menos. Cuando ya los tuve a todos conmigo me sentí súper bien, aunque pasáramos pellejerías”, recuerda.

Carmen Gregorio Gil sostiene que “el que sus hermanas vinieran significaba compartir las cargas domésticas comunes, ya que la nueva situación al estar en Madrid (ciudad donde se focaliza el estudio) y ganar más dinero que el resto de sus familiares, significaba un mayor peso sobre ellas” (1998: 132) y eso explica, en parte, el crecimiento constante de la migración, resume.

“Veía a la ciudad como un monstruo gigante”

Antes que estas mujeres pudieran traer consigo a sus familias, debieron pasar por un período de inserción al nuevo lugar que las recibía. A pesar que sus trabajos eran de tiempo completo, poco a poco, estas jóvenes comenzaron a conocer la ciudad, a hacerse de amigos, como también a ser invitadas a organizaciones que buscaban mejorar las condiciones de trabajo y de vida de las mujeres. Justo en momentos en que las demandas feministas por un trato equitativo empezaba a tener eco en algunos lugares.

“Al principio, cuando llegué ni me atrevía a salir de la casa de mis patronos, porque veía a la ciudad como un monstruo gigante a punto de devorarme”, sostiene Elena al reconocer sus miedos y arrepentimiento de la decisión de venir.

“Yo casi no salía. Menos sola. No entendía nada de las calles y no faltaba el que me decía: Mira la huasita anda toda perdida y ya con eso me daba mucha vergüenza”, cuenta Demofila. “Después de un tiempo me comencé a sentir más como en casa, pero antes no”, afirma tajante.

Para lograr incorporarse a la ciudad tuvieron que pasar por un proceso, llamado “identidades femeninas ‘remodeladas’” (acuñado del texto *Migración y exilio. Estudio psicoanalítico* -1996 - de León Grinber) que describe los cambios que sufre la migrante luego de asentarse en el otro lugar y los deseos por mantenerse tal como es.

El artículo *Fenómenos migratorios y género: Identidades femeninas “remodeladas”* de Lorena Muñoz del Centro de Estudios de la Mujer de Chile, señala que la identidad de género constituye un factor para entender como este desplazamiento es experimentado. De éste “se desprende que los efectos de las migraciones en las identidades de género son complejos y suelen ser paradójales. En los casos analizados, la incertidumbre y la ‘situación existencial límite’ que puede representar la migración, conduce a procesos de aculturación psicológica que dan origen a particulares mixturas que cada individuo hace de elementos antiguos y nuevos que pasan a conformar su identidad. Esta mixtura, al mismo tiempo que les permite reconstruir su identidad (en el sentido de seguir siendo los mismos), les posibilita incorporar elementos de la nueva cultura” (2007), dice Muñoz.

El ensayo agrega que “a través del análisis de algunas dimensiones de la identidad de género de las mujeres, es posible apreciar la convivencia de elementos de cambio y de continuidad en estas identidades, los que al mismo tiempo reflejan la mantención de estereotipos de género” (2007) que tienen que ver principalmente con la sexualidad, la reproducción y la inserción laboral.

“Me echaron por estar embarazada”

“Mira, primero llegué a Santiago, comencé a trabajar y después fui conociendo gente, salí de paseo, y todo lo que hacen las jóvenes, con la diferencia que nosotros teníamos que andar cuidándonos, porque las calles eran muy oscuras

y se decía siempre que los hombres no eran buenos y que nos podían atacar. Yo andaba con miedo, aunque reconozco que me reía un poco en la fila, pero es que cuando se es joven todo está permitido”, acota Elena.

Sobre lo mismo Demofila dice que “las cosas no eran como ahora, a nosotras nos metían miedo. Además que si quedabas embarazada soltera era como si te llevara el diablo. A mí me pasó. Entonces, todas andaban haciéndose las locas, pero la juventud es igual antes y ahora. A todos nos gustaba el leseo”, se ríe.

Entonces, pasó que “cuando tuve a mi hijo mayor, me echaron de la casa en la que trabajaba. Me trataron muy mal porque era soltera y me pusieron patitas en la calle. Ahí no me quedó otra que arrendar una pieza por Quinta Normal y arreglármelas como pudiera, vendiendo cosas, lavando ropa, como costurera. A veces no tenía ni para comer”, señala.

“En ese tiempo también tocó que me traje a Santiago a algunos de mis hermanos a vivir conmigo, porque murió mi mamá, entonces tenía que preocuparme de más de un niño, porque el Lucho (hermano menor) tenía ocho para esa fecha, quedó solito muy chico. Entonces preferí cuidarlo, y me lo traje, pero también me traje a mis hermanas para que no se quedaran con el marido de la Flor (hermana mayor) que era mal hombre, así que nos fuimos apiñando en las dos habitaciones que tenía mi pieza”, afirma Demofila.

Otra suerte tuvo Elena, quien se casó y después tuvo a sus hijas, “sino imagínese que habría sido de mí, sin trabajo, sin dinero. Todo habría salido mal”, arremete.

“Las JOC Empleadas fueron una instancia de liberación”

Antes que vivieran lo señalado, ambas mujeres participaron (ya sea yendo a las reuniones o enteradas por su compañeras de labores) en una sección que la Juventud Obrera Católica destinaba a las asesoras del hogar que recibía el nombre de JOC Empleadas.

La agrupación se formó al alero de la iglesia en la década del cuarenta gracias a la experiencia de la Acción Católica en barrios populares durante los años treinta. Ésta se presentaba en cada uno de los recintos religiosos que existían en Santiago para conocer las demandas de las y los obreros, sobre todo en el marco de “un cambio en la sociedad y en cómo se entendía la relación con el credo”, señala el ensayo *Muchas Zitas: la Juventud Obrera Católica y las empleadas de casa particular* de Elizabeth Quay (2010: 37).

En ese contexto, “el movimiento de empleadas de casa particular de los años cincuenta dio prioridad a las necesidades prácticas y sociales de las empleadas puertas adentro, la mayoría de ellas migrantes rurales jóvenes, con muy poca educación, que dependían totalmente de sus patronas para alimento, albergue y ‘familia’ en la ciudad capital” (2010: 37).

Al manifestarse aquello “los curas párrocos que trabajaban en barrios de elite poblados por trabajadoras puertas adentro identificaban a las empleadas como un sector laico que requería de servicios y de una atención especial y crearon clases de catecismo y de educación básica exclusivamente para ellas”, relata el texto en cuestión (2010: 40).

El padre Bernardino Piñera organizó a un grupo de mujeres menores de 21 años en la JOC Empleadas cuya labor consistía en “reclutar y organizar a las empleadas a nivel parroquial y formar el sueño del cura, *El hogar de Empleadas* donde éstas “podrían congregarse, tomar clases y alojar por períodos cortos cuando se encontraran entre empleos” (Quay, 2010; 42). Dicho hogar se instaló en una propiedad de la calle Tocornal en Santiago centro, para luego convertirse en un espacio propicio para la actividad religiosa, social y política.

“Me preguntas si participé en la JOC, pues claro que sí. A veces con la Anita, mi compañera de trabajo, íbamos a la casa que quedaba por el centro. Ahí llegaban unas chiquillas a encuestarnos sobre nuestros problemas y nos hicimos bien amigas. Ella nos enseñaban cosas, como puntos para el tejido, e incluso a leer y a escribir a las que no sabían”, cuenta Demofila.

“Nosotras intentábamos ir a todas las reuniones que podíamos, porque aprendíamos harto y sólo nos teníamos que preocupar de volver a la casa temprano. Ahí algunas veces bailábamos o hacíamos lecturas de varias cosas”,

manifiesta Demofila. Y agrega: “Eran días bien bonitos cuando nos juntábamos en la JOC. Una aprendía y nos apoyábamos entre todas”, señala.

Tal cual como Piñera lo había anticipado, el Hogar se convirtió “en el único espacio fuera de su lugar de trabajo donde las empleadas podían congregarse libremente, sin incurrir en la ira de sus patrones o exponerse a los ‘peligros sexuales’ asociados con las calles y las plazas públicas”. (Quay, 2010: 43)

A propósito de aquello Elena sentencia que nunca participó de esas agrupaciones, pero no recuerda por qué. “Lo que sí, a mí me contaban que en esas juntas las chiquillas hacían locuras y lo pasaban bien. Incluso a veces aprendían a bailar la música de la época o lo que se cantaba”.

“De hecho, creo que varias veces salí con algunas de las niñas que participaban de esas reuniones. Ellas después nos contaban a las que no íbamos lo que habían aprendido, e incluso se ayudaban a cuidar sus guagüitas. Pero, no me acuerdo por qué nunca fui, quizás no me dejaron, no sé. Es que una tenía que pedirle permiso a la patrona para salir. No era llegar y hacerlo, como ocurre ahora con las jóvenes”, dice Elena. “A veces no daban nunca permiso, y ahí nos quedábamos en la casa cocinando o hacíamos rondas de rezos o nos poníamos a jugar o a contar historias de terror para que la más miedosa no pudiera dormir”, prosigue.

“La mayor razón por la que no nos daban permiso era el miedo a los abusos de los hombres”, explica Demofila. En aquella época, la sexualidad era un tema

prohibido del que ni siquiera se hablaba. Por lo mismo, asegura, “muchas veces nos metían cuco diciendo que nos podían hacer algo terrible y que debíamos tener mucho cuidado”. Además, cree que también ocurría porque “creían que éramos tontas o que nosotras no teníamos papás y hermanos, yo creo que también por eso, ya que nos veían como las pobrecitas sin familia cuando no era así”. Elena incluso afirma que las patronas las “trataban como las huachas porque vivíamos con ellos y sin la propia familia. A mí me costó que entendiera que yo tenía papá y mamá, pero parece que lo logré o eso creo, por lo menos”, dice.

En medio de todo este proceso de reafirmación y cambio en la identidad de estas mujeres, como también de crecimiento personal, la JOC Empleada posibilitó una instancia de liberación que les permitió olvidar los malos tratos que muchas de ellas sufrían de parte de sus patronas y de la sociedad misma que, hasta esa fecha, no les entregaba los derechos suficientes. Así también, la organización fue un lugar de educación, no sólo religioso, sino también político.

Según el ensayo de Quay esta agrupación “demostró el potencial innovador de los movimientos apostólicos dirigidos a nuevos grupos sociales, así como la legitimidad crítica de la Iglesia como proveedora de servicios intercesora y centro comunitario para un gran número de empleadas” (2010: 39).

En ese marco, “el movimiento empezó a actuar como –y en gran alianza con– los sindicatos, participando regularmente en acciones políticas y legislativas

para transformar las relaciones del servicio doméstico. Significativamente, este discurso de liberación de las empleadas fue alentado por el clero en la más alta jerarquía de la Iglesia Católica chilena, la que aprobó una serie de resoluciones e instrucciones pastorales concernientes a los derechos laborales de las empleadas de casa particular” (2010: 39).

Esta organización fue posibilitada por los cambios que estaba haciendo la institución eclesiástica y que luego finalizó en el Concilio vaticano II (1962-1965) que se propuso renovar y contextualizar el catolicismo, como también posibilitó la Teología de la Liberación.

El contexto histórico de Chile también tuvo responsabilidad en este tipo de movimientos. Por una parte, las organizaciones feministas cada vez exigían más cambios en la legislación para que las mujeres tuvieran mayor participación en la vida republicana del país. Por otro, los gobiernos radicales nacidos de la reciente clase media justificaron su trabajo hacia el crecimiento del Estado.

“Era gracioso, pero en lo que alcancé a participar, también nos hablaban de la importancia de la educación y de nuestros derechos. Nosotras sabíamos que los teníamos, pero qué les íbamos a decir a nuestros patrones cuando nos ponían la pata encima: Nada poh. Si éramos más lesas y además, volvemos a lo mismo, yo estaba sola a quien le iba a llorar la carta”, señala Demofila.

“Era una ciudad machista”

Durante esa época, se empezaron a masificar los folletos feministas creados por la abogada Elena Caffarena y la profesora Amanda Labarca, que al poco tiempo de publicarse se repartieron en la mayor cantidad de instancias de reunión de las mujeres, asegura el texto *Crónicas del sufragio femenino en Chile* de Diamela Eltit (1994: 72).

Los anuncios feministas, y el contexto social, posibilitaron que “el protegido espacio del Hogar de las Empleadas permitiera durante la década de 1960 el surgimiento de un movimiento más politizado y beligerante por el derecho de las empleadas, e incluso en los 70 y 80 albergara a las trabajadoras comprometidas con la resistencia a la dictadura” (Quay, 2010; 43).

En adelante se desarrollaron diversas acciones que fueron democratizando el país, sin embargo, poco de estas normativas fueron aprovechadas por “las mujeres que veníamos del campo”, reclama Elena. “Claro, nosotras cuando jóvenes vivimos algunos cambios, como el voto en las elecciones, pero en nuestra condición no podíamos decir ni pío, porque pronto nos ponían patitas en la calle por reclamonas. Yo creo que mis hijas vivieron más a concho esas oportunidades. Una, al contrario, que iba a decir, no se podía poh o te quedabas sin trabajo”, argumenta.

“Esta era una ciudad muy machista y yo, ingenuamente, pensé que era distinta cuando me vine, pero no se diferenciaba mucho del campo. Eran las

costumbres de la época como se dice”, señala Demofila. “Además, si una es sincera, las que hablaban de las demandas por el derecho de nosotras era puras mujeres que podían hacerlo, con estudios, que iban a la universidad. Nosotras no podíamos, si ya conté que me echaron de una casa porque estaba embarazada soltera y sin mi familia. Eso queda en la memoria”, asegura.

“No podíamos votar porque creían que éramos tontas”

“Apúrate” le dijo Teresa a Demofila, “nos podemos quedar sin votar”, insistió. Era un día 3 de noviembre de 1952 y estas dos hermanas se sumarían a lo que sería un momento histórico: el primer sufragio femenino en elecciones presidenciales después de la aprobación de la ley que les permitía asistir a los comicios en 1949.

Ambas tenían clara la opción por la que marcarían, igual que Elena del Carmen Mella, otra de las tantas mujeres que quiso ser parte de este importante proceso y darle el voto a quien se suponía “barrería” con los políticos tradicionales y los problemas de la gente: Carlos Ibáñez del Campo.

El segundo gobierno de este militar comenzó con una fuerte agitación social debido a los problemas económicos que reinaban en Chile. La inflación subía cada año y el plan de ajuste fiscal hicieron que obreros y estudiantes se opusieran con mayor vehemencia.

“Yo trabajaba en la plaza Yungay cuando escuché disparos que venían de todas las esquinas. Era un grupo de carabineros que combatían con unos cabritos que estaban contra el presidente. Tuvimos que quedarnos encerrados toda la noche, porque las balas iban y venían”, cuenta Elena sobre la impresión que le dejó el gobierno.

No obstante a los hechos que después marcarían la agenda, tanto Demofila Díaz como Elena Mella, reconocen que lo que más les interesaba era participar de esta instancia eleccionaria en la que “sufragaron 957.102 personas que correspondía a un 68 por ciento de hombres y un 32 por ciento de mujeres, un tercio de las posibilitadas para votar, el resto no se inscribió para hacerlo”, indica el libro *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952* (Gaviola, Jiles, Lopresti y Rojas; 1986: 84).

Este interés se fortaleció “con los acontecimientos internacionales, como la primera y segunda guerra mundial, la crisis de 1929, la arremetida de los movimientos izquierdistas y la cuestión social. Todos llevaron a que mujeres de elite o universitarias congregaran y demandaran una mayor intervención del género”, describe el texto *Mujeres. Historias chilenas del siglo XX* (2010:63).

“Yo no era universitaria, pero entendí que no podía seguir pasando el tiempo sin que todos participáramos en las votaciones. Igual me costó comprenderlo, pero lo hice y creo que hasta hoy tengo más respeto por ir a votar que la juventud de ahora que dice no está ni ahí”, sentencia Elena.

Sufragio femenino: Un triunfo del movimiento feminista

El derecho al voto femenino comenzó en 1935 cuando se aprobó el sufragio para las elecciones municipales. En el decreto dictado por el presidente Arturo Alessandri Palma se “establecía que todas las mujeres mayores de 21 años

que supieran leer y escribir, además de estar inscritas en los registros electorales, podrían ejercer su derecho. También podían ser electas para ocupar los cargos de regidoras y alcaldesas”, narra el texto *Las chilenas en las primeras elecciones municipales* del Museo Histórico Nacional (MHN, 2010: 3).

“En aquella época, Chile tenía una población de 4.485.792 habitantes del cual los electores varones eran 770.000 y mujeres electoras potenciales 850.000. En esa primera elección, realizada el 7 de abril de 1935, se inscribieron 302.521 varones y 64.942 mujeres”, explica el mismo informe (2010: 3).

“La poca participación femenina se debió a la desinformación, la falta de conectividad y el analfabetismo de las mujeres”, creen las entrevistadas, quienes supieron que podían ejercer su derecho a voto sólo cuando llegaron a la capital.

“Creo que la primera vez que me enteré que podíamos votar fue cuando llegué a Santiago, antes no sabíamos de esas cosas. No era algo que se hablara, o si se hacía yo no tomaba atención porque era muy chica”, manifiesta Demofila.

En cambio cuando “llegué a acá (Santiago) encontré otro mundo, nos apoderamos de nuestro derecho. Además, en la junta de vecinos y en los centros de madres se conversaban esos temas”, cuenta Elena, quien para la votación presidencial de 1952 tenía 24 años.

“Son (justamente) las organizaciones civiles las que promovieron y educaron sobre el voto femenino”, dice el libro *Crónica del sufragio femenino en Chile* de la escritora nacional Diamela Eltit (1994: 45)

En dicho texto se cuenta acerca del aporte de Amanda Labarca, Elena Caffarena y Gabriela Mistral en la promulgación, enseñanza y cumplimiento de este derecho, partiendo por su trabajo político, para luego proseguir con la creación de agrupaciones que tenían como objetivo relevar el papel de éstas en la sociedad.

A través de aquella labor fue como poco a poco se reconoció a las mujeres “como sujetos susceptible de mostrar y aplicar sus capacidades en las áreas del pensamiento y del conocimiento científico, técnico y humanístico - fundamentalmente a través de la legitimación obtenida con el derecho a cursar estudios universitarios-”, explica Eltit, quien asegura que “ahí se abrió un nuevo paisaje social y cultural en el cual la mujer, paulatinamente, empezó a interrogarse en torno a la inferioridad de su situación legal y a las restricciones civiles y de orden simbólico que le planteaba su propia sociedad” (1994: 45).

En 1875 ocurrió el primer intento para obtener el derecho a voto de parte de las mujeres. En dicho año “un grupo de osadas señoras fue a inscribirse en los registros electorales de la ciudad de San Felipe, argumentando que la ley no indicaba sexo del votante, por lo tanto estaban incluidas para participar en los comicios. Pero los legisladores, frente a este suceso en el año 1884,

cambiaron las leyes expresando claramente que no tenían derecho a sufragar”
(2010: 2)

Ya en el siglo XX “la constelación política amplió su espectro, con el advenimiento de nuevos pensamientos sociales y partidos políticos, que, en su conjunto, se disputaron los poderes sociales, aportando, además formas culturales nuevas. En una sociedad regida por la industrialización explotaron, a la vez, los conflictos de las clases asalariadas remecidas por dificultades laborales. En ese momento, la mujer chilena expresó la necesidad de ocupar un lugar dotado de vitalidad y con plenitud de derechos”, dice la misma publicación (1994: 45).

En tanto en los años 1917 y 1926 diversos parlamentarios (todos hombres) propusieron leyes para permitir el sufragio a las mujeres, pero no se concretó hasta el primer gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, en 1931, cuando se legisló en esa materia a través del Decreto con Fuerza de Ley N° 320, que les permitió votar en las elecciones municipales, hecho que nunca se concretó hasta el gobierno de Alessandri.

Con ese importante paso, el camino obvio eran las presidenciales. El argumento que se usó fue la cada vez mayor participación de las mujeres en la vida económica del país, ya que estaban trabajando en distintos rubros que antes eran sólo de varones. Además de apelar a la democracia y la igualdad de géneros.

Para lograrlo, las interesadas en el tema llevaron a cabo trabajos de base que consistían en posicionar su discurso en todos los sectores donde hubieran mujeres. Con ese fin iban a las juntas de vecinos u organizaciones femeninas, para contarles lo que se estaba haciendo y a donde se pretendía llegar.

A raíz de lo mismo, aumentaron las “organizaciones y algunos partidos políticos de mujeres. Al comienzo el número de asociadas era pequeño y no se conocían entre sí, hasta la creación de los centros de la Federación Chilena de Instituciones Femeninas (FECHIF) en 1944, que agrupó a todas estas organizaciones” (1994: 46)

Todas aquellas agrupaciones “permitieron que se pudiera sufragar para las presidenciales en las que ganó Ibáñez del Campo”, dice sonriendo Elena. “Yo participaba de la junta de vecinos y ahí me informaron de por qué era importante votar y cuando llegó el momento lo hice por Ibáñez. Acá en mi casa se ríen ahora que les cuento, porque me dicen que voté por él porque soy mojigatas, pero yo encuentro que era un buen candidato, él sabía lo que le pasaba a la gente pobre”, indica.

Eso fue también lo que presencié Demofila, quien señala que “donde vivía teníamos una junta de vecinos y fue en esas reuniones donde conocí este tema de la votación con mayor profundidad, porque para allá iba un grupo de jóvenes que explicaban lo de los votos”.

“Fueron varias veces a vernos. Eran unas señoritas universitarias que nos hablaban sobre eso, como que podíamos votar a pesar que algunos no querían porque decían que éramos conservadoras o tontas, o que no participábamos de la vida política de Chile. Imagínese lo que decían”, continúa.

“Yo por lo mismo fui a votar como fuera. Así callábamos a los habladores”, sentencia Elena

“El buen comportamiento” marca el día de la votación

Una de las dudas que se tenía con la participación femenina en las elecciones era el comportamiento de las mujeres durante el proceso de sufragio. El diario El Mercurio publicó: “no sabemos cómo lo harán, si con altura de mira o con desorden”, decía el periódico el mismo día de la elección, y al siguiente resaltaba el “impecable” orden de las mujeres que asistieron a sufragar.

Además, destacaba que con esto se consolidaba la democracia en Chile gracias a la labor de “increíbles” señoras que habían puesto “las manos al fuego por otras que quizás no entendían lo suficiente qué significaba el sufragio”, afirmaba el matutino.

“Nosotras fuimos a votar súper nerviosas y con nuestras mejores pilchas, porque parece que antes era un días más importante que ahora”, reconoce Demofila y de un flechazo recuerda que cuando salieron del lugar de votación “muchas gente nos preguntaban si no pasaba nada, si había alguien mirando

como marcábamos el papel ese, el voto. Nosotras nos reíamos porque realmente no había nadie cuidando y lo que nos importaba es que queríamos participar, igual que los hombres y aunque fuéramos pobres”.

El periódico La Nación al día siguiente publicó algunas imágenes de las votantes, acompañadas con textos que hablaban de la responsabilidad de las sufragantes y de su excelente comportamiento, además de desarrollar algunas crónicas sobre su participación, como por ejemplo la que decía: “Siempre acompañadas por otras mujeres se presentaron las señoras que este día participaron de los sufragios que marcaron el destino del país”.

Elena reafirma la aseveración del diario, pues sostiene que fue a votar con su hermana Margarita. “Imagínese lo nerviosa que íbamos, tanto así que nos anotamos el nombre del candidato en un papelito para que no se nos olvidara... salimos de la casa como a las nueve de la mañana y nos fuimos caminando hasta un colegio que quedaba en Quinta Normal. Yo me puse especialmente los zapatos bien lustrados que tenía, porque me imaginé que todos me mirarían”, cuenta.

“Votar para mí y mis hermanas que estaban en Santiago fue algo importante, porque un poco como que entendimos que nosotras también valíamos. Por eso yo siempre le dije a mis hermanas más chicas que votaran”, cuenta Demofila, quien además agrega que “fue una emoción grande ver después que por quien marcaste salía presidente, aunque después no cambiara nada”.

Opinión compartida por Elena, quien sostiene que “fue algo valioso aunque raro, porque de venir de San Vicente de Tagua Tagua a la capital y enterarse que sí, era cierto que las mujeres podíamos votar fue una lección para las que nos estábamos alojando por estos lados”. Sobre todo, porque “una no se imaginaba una vida así, donde las mujeres tuviéramos voto. No sé si lo había pensado si quiera. Y si no lo había pensado no era porque no quisiera, sino porque no se me ocurría”, afirma.

El triunfo de la escoba

“El discurso que más pegó a las mujeres fue el del Ibáñez”, dice Demofila. El militar obtuvo el mando con un 46,8 por ciento de los sufragios en desmedro al 27,8 por ciento del liberal Arturo Matte Larraín, al 19,9 por ciento del radical Pedro Alfonso Barrios; y al 5,44 por ciento del socialista Salvador Allende.

Muchas personas reconocían en este candidato un defensor del orden y la paz social “dado el desgobierno y la politiquería oportunista en que ha vivido el país desde hace tantos años”, postulaba el diario El Mercurio del 24 de agosto de 1952.

“Yo creía que era necesario que un militar tomara las riendas, porque todo estaba patas para arriba después de (Gabriel) González Videla”, reafirma Elena.

Lo anterior, porque el clima político que se manifestaba desde los años previos a las elecciones era de desencuentro y desinformación. “La crítica a los partidos no existía desligada de una experiencia de cambios democratizadores y de un cuestionamiento a las clases dominantes consideradas como oligarquía, es decir como una clase que no tenía capacidad modernizadora, que estaba imbuída de un espíritu de superioridad aristocrática y sustentaba su poder político más en lo económico o en el control de las elecciones que en la capacidad de competencia política”, sostiene Tomás Moulián en el libro *Gobierno de Ibáñez 1952- 1958* (1986: 7).

Justamente la capacidad de convocatoria del discurso ibañista se basaba en su concordancia con el clima ideológico predominante. En ese tiempo, el eje de la sensibilidad política del momento era antipartidista e Ibáñez, aprovechando esa situación, no era apoyado por ninguna de las coaliciones conocidas. Además, habían ánimos de cambios de contenido popular y el candidato ofrecía exactamente eso: La solución del hambre, del analfabetismo y de la falta de viviendas.

Asimismo, sumaba a su programa la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia (conocida también como Ley Maldita), el rechazo del pacto militar con Estados Unidos, la reforma electoral y el apoyo al desarrollo orgánico del movimiento popular. Demandas hechas por la ciudadanía al gobierno y que el candidato supo incorporar a su discurso.

Esta no era la primera vez que Carlos Ibáñez del Campo se postulaba a la presidencia de la República. Luego de su paso por La Moneda entre 1927 y 1931 y los magros números con que finalizó su gobierno, fue enviado al exilio del que regresó en 1937 y se presentó nuevamente en las elecciones sin buenos resultados. “Si hay algo que lo caracterizaba era que insistía, y eso siempre es bueno”, dice Elena. Esto porque en 1942 volvió a la batalla, pero ahora como el postulante de la derecha, en ese entonces “el centro de su discurso ya no era la crítica de la oligarquía sino la temática del orden y de la personalidad fuerte, capaz de lograr realizaciones y de imponer ‘una política de la honestidad’” (1986: 11), no obstante fue derrotado por el radical Juan Antonio Ríos. La tercera es la vencida, reza el dicho popular e Ibáñez supo entenderlo. Cuando ya pensaban que no se arriesgaba nuevamente, apareció en 1952 ganando las elecciones.

Lo que parece que más gustaba a la población era su imagen de capacidad fuerte y realizadora. “Supongo que eso era lo que se necesitaba en esos años”, dice Demofila, “había que tener una imagen de presidente más dura pero que no fueran parte de los partidos”, cuenta. Por su parte, Elena añade: “Veníamos de Videla que había sido mal mandatario, entonces parece que ya no les creíamos a los partidos y ahí, ¡pum! Ganó Ibáñez. Yo me acuerdo que estábamos todos contentos porque además tenía un parecido a (Juan Domingo) Perón de Argentina que era súper famoso”.

Esa era una de las intenciones de Ibáñez del Campo, dice Moulian en su libro: estaba motivado en desarrollar un gobierno socialista populista, como ocurría

allende la cordillera de Los Andes. “Él siempre ponía esa impronta pachorra tan propia de allá. Le faltaba la Evita no más”, cuenta Elena

“Después, eso sí, quedó la tendalada, porque dicen que no supo gobernar. La gente estaba en desacuerdo con su trabajo y protestaba, incluso hubo balazos en las calles, como ya te contaba, y harto mal humor. Eso fue más al final de su período, eso sí”, describe.

Leer y escribir, el requisito obligatorio para votar

A pesar de este importante hecho histórico, no todas las mujeres y hombres podían participar del derecho al sufragio, pues de universal no tenía mucho. Fue recién en 1969 cuando los no videntes pudieron sumarse, veinte años después que se aprobara el voto femenino en las presidenciales. Además, sólo en 1972, con Salvador Allende a la cabeza del país, se permitió que los analfabetos participaran de los comicios.

Entre aquellos años la población que no sabía leer ni escribir alcanzaba a 594.749 personas de un total de 5.403.626 chilenos de 15 años y más que ya no estaban en edad escolar (8.884.768 era la población total), según indicó el censo de 1970 hecho por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE).

Desde 1940 el Censo comenzó a usar criterios internacionales para definir el analfabetismo y, de esta manera, llevar un cálculo acerca del cumplimiento de

la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria que se aprobó en 1920 y que hasta aquel año no se conocía su desarrollo.

Para medir el índice de alfabetización se excluía a los niños de edad preescolar y escolar -hasta los 14 años-. “Las cifras indicaban que había un 58,30 por ciento de personas que sabían leer y escribir en la década del cuarenta”, sostiene el Informe de Alfabetización en Chile que realizó el INE el año 2006 a propósito del Día Internacional de esta medición.

“En 1952 la población de seis años y más representaba el 84 por ciento del total de los chilenos. De esa cifra el 75 por ciento sabía leer y escribir, y de ellos el 81 por ciento de los escolares del área urbana era alfabeto a diferencia del sector rural que sólo alcanzaba el 52 por ciento”, sostiene el mismo informe.

Y prosigue: “En la población fuera del sistema escolar (15 años y más) el índice de alfabetismo alcanzaba al 80 por ciento. Según sexo, la población femenina urbana presentaba mayor grado de alfabetización (53 por ciento) que los hombre (47 por ciento), situación que no se repetía en el ámbito rural donde el alfabetismo de los hombres era de 55 por ciento y en mujeres 45 por ciento”, explica el texto que se condice con la historia de Demofila y Elena, quienes sólo cursaron los primeros años de educación primaria, actual básica, lo que les permitió aprender a leer y escribir, “aunque con dificultad”, como dice la segunda.

Sin embargo, gracias a aquella corta educación pudieron sufragar en las primeras elecciones presidenciales que incluía a las mujeres. En el caso de Elena, ésta sólo cursó hasta tercero de primaria, en tanto Demofila llegó hasta sexto -el máximo de la básica-. “Yo quería seguir a la (educación) secundaria, pero mi papá no me dejó por falta de dinero para mandarme a Curicó, la ciudad más cercana a Comalle, donde yo vivía”, puntualiza Demofila.

Misma historia de Elena, a quien los padres la mandaron a ayudar en la siembra y “no perder el tiempo en el colegio”, afirma.

“Yo creo que si hubiera estado en el campo no habría participado de esa elección”, sostiene Demofila, ya que asegura que “había que ir a la ciudad más cercana para votar, en mi caso Curicó, y la locomoción de ese tiempo era escasa y significaba un gasto económico que muchas personas no estaban dispuestas a desembolsar”, dice.

Elena, además, recuerda que los presidenciables “mandaban carretas para trasladar a los votantes a los lugares de sufragio” y hacían lo posible para entregarles la papeleta con su nombre antes que el otro candidato. Ella lo rememora de boca de los familiares que se quedaron en su tierra natal, pues esta señora de ahora 86 años vivió el proceso en Santiago, donde, como ya contaba, se vio influenciada por el contexto que envolvía a la capital durante aquel tiempo.

Los patrones hacían algo similar, señala Demofila, pues sentencia que “mandaban a todos a votar por el que a ellos les gustaba, menos a las mujeres”. Por lo mismo asegura que “si no hubiera estado acá (Santiago), probablemente, no hubiera votado jamás. Es así de simple”, dice Elena. “Es que a los pueblos más pobres parece que no los tomaban en cuenta”, rié Demofila. Y añade: “No sé si ahora ha cambiado mucho la cosa, pero por último se puede votar en el sitio donde estés y sin que nadie te lleve a la fuerza”.

“Queríamos dejar de vivir en el barro”

“Apenas me fui a vivir sola me salieron muchos piojos, de esos que son medios blancos. Yo creo que fue por la pena. La pena que haya muerto mi mamá”, cuenta Demofila, quien para la fecha de fallecimiento de su progenitora tenía 21 años (1947).

Por causas de la enfermedad, Demofila tuvo varias inasistencia en su trabajo que hicieron que las patronas dejaran de “confiar en mí, por lo tanto me echaban. Así fue como llegué a una casa en la Avenida Brasil donde era la única empleada y donde tenía que hacer de todo. Después me fui con una señora, que era más pesada, que cuando se dio cuenta que estaba engordando me echó, porque dijo que con embarazadas no se metía, no señor”, remarca.

Debido a este infortunio Demofila arrendó una pieza en un cité de la comuna de Quinta Normal donde habitaban, al menos, otras 50 personas en pocos metros cuadrados de terreno.

La habitación, que no contaba con baño ni cocina propia, se encontraba en uno de los sectores que durante tres décadas (fines de los 40 y comienzos de los 70) fueron parte del plan de urbanización de la Región Metropolitana para mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

El período fue llamado por los arquitectos como la IV etapa de mejoramiento y se caracterizó por la explosión demográfica y por la disminución de la población rural en Santiago, que alcanzó el 47,8 por ciento, dejando de ser mayoría.

Durante este proceso se pavimentaron las calles, se puso alumbrado eléctrico, se alargó el alcantarillado de la ciudad, se aumentó el agua potable y se construyeron poblaciones para instalar formalmente a todos aquellos que vivían de manera vulnerable.

En esa época “mi casa no era ni la mitad de la que tengo ahora, era una piececita donde teníamos que dormir, comer y hacer nuestras cosas. A veces cocinábamos adentro de la pieza para poder calentarla”, describe Demofila sobre el período en el que vivió en un conventillo que compartía con numerosas familias en pocos metros cuadrados.

En medio de ese contexto, los trabajos que se realizaron tuvieron el objetivo de mermar este tipo de problema producto de las magnitudes demográficas que se concentraban en Santiago.

Centralización que trajo consecuencias, como la “congestión, la elevada contaminación del aire, aguas y suelos, la dificultad del manejo, recolección y disposición de residuos domiciliarios e industriales, la ocupación de terrenos agrícolas y de zonas de riesgo de catástrofe y, en general, el deterioro ambiental de la ciudad”, explica el documento del geógrafo Jorge Martínez

Pizarro, *Urbanización, crecimiento urbano y dinámica de la población de las principales ciudades de Chile entre 1952 y 1992*.

Las enfermedades fueron otra de las causas que estimularon a los gobiernos a llevar a cabo estas medidas, ya que todos estaban preocupados de las dolencias que habían aparecido masivamente durante los primeros años del siglo XX, como el tifus o la tos convulsiva, reseña el texto *Epidemia de tifus exantemático en Chile (1932- 1939)* de la Revista Chilena de Infectología.

La enfermedad ocasionó 45.891 muertes entre los años de 1932 y 1939, lo que llevó a que el gobierno de turno tomara medidas extremas para sanear la epidemia que a la fecha tenía más de 100.000 dolientes.

El tema es esencial, debido a que la pediculosis fue una de los principales afecciones cutáneas que hubo que erradicar para lograr eliminar el tifus. Lo anterior porque su principal transmisor es el piojo del hombre. De ahí el necesario control que hay que tener sobre este parásito, pero como bien dice Elena “quién no ha tenido piojos”

“A mí me pasó que se me murió un angelito. Nació antes y salió malito. Nunca se pudo recuperar y por eso se lo llevó Dios. Era mi segundo niño y se me fue a los poquitos meses. Yo no tuve leche para darle, y le tuvo que dar una enfermera. Sufrí mucho y al poco tiempo que se me fuera me salieron piojos. Fue terrible y de una gran pena”, sostiene.

Yo siempre digo que “todas tuvimos piojos. La que diga que no, miente”, destaca Elena. Además, “nosotras nos traíamos a nuestros familiares a vivir a nuestras casas, entonces si una tenía, todos tenían poh”, responde Demofila. Y agrega: “Nos lavábamos con vinagre y nos echábamos otras cosas en la cabeza, incluso parafina para que se fueran”.

“Es que son muy traicioneros esos bichos y nunca se van”, relata Elena, acerca de esta infección que en 1948 tuvo la última situación de gran envergadura, cuando alrededor de 1500 personas fueron contagiadas de tifus en las zonas sur y centro del país.

“Nunca ha sido posible controlar los piojos, todos los niños tienen, pero eso aumentaba porque las condiciones de antes no se parecían a las de ahora. Antes una se bañaba como pudiera. No teníamos baños donde nos pudiéramos quedar bajo el agua, entiende, entonces nos lavábamos, como te dijera, por parte, y con la ayuda de un balde o un lavatorio, una taza o lo que tuvieras a mano, nada más”.

Urbanización: La medida para eliminar los piojos

Con estos problemas a cuestas no quedó más que construir poblaciones para las familias más pobres que vivieran en Santiago, y así poner freno a las consecuencias que traía la sobrepoblación en una ciudad donde la urbanización no alcanzaba a todos sus habitantes.

En el libro *Concentración de la población y desarrollo económico. El caso chileno* de Carlos Hurtado se señala que “por motivo de la miseria en que se desarrollaba la existencia de grandes grupos de la población, los problemas de convivencia entre grupos sociales de diferentes niveles de educación e ingreso, y los ajustes a un medio en rápido proceso de transformación” propiciaron “los problemas de orden político de la zona urbana. A aquellos inconvenientes se sumó que los mandatarios no supieron solucionar adecuadamente las necesidades que se manifestaban” (103, 1961) “y nosotros tomamos el sartén por el mango, es que no se podía seguir así. Yo por suerte no lo viví, pero mi hermano sí y qué iba a ser: era vivir en la calle o tomarse un terreno”, asegura Demofila.

A pesar de aquellos hechos, la misma asegura que no se iba a ir de Santiago aunque “viviéramos muy mal”. “Acá podíamos tener más cosas que en el campo. Además, para los niños era mejor. Tenían escuelas y buenas señoritas que los ayudaban. Allá nosotros no teníamos esas cosas”, apunta.

Y es obvia la decisión de esta mujer, cuando se entiende que en esos momentos “la mantención del monopolio de la tierra y de la apropiación latifundista de las compensaciones estatales y agrícolas (...) marcaron la diferencia con el campo: el latifundista pudo mantener sus niveles de consumo mientras que el campesinado fue sumido en la pobreza”, explica el arquitecto Guillermo Geisse en el texto *Economía y Política de la Concentración Urbana de Chile* (1983: 157-158).

Esta situación influyó en la migración del campo a la ciudad la que comenzó en el siglo XIX, pero que tuvo su mayor flujo después del año 1900. Ésta se debió a la incipiente industrialización que desarrolló el país, como también el cambio que experimentó el sistema primario de exportación, que pasó de la producción de trigo y plata al crecimiento a través del sector minero con la explotación del salitre y el cobre.

En este escenario, los gobiernos de turno ampliaron sus esfuerzos para hacer obras urbanas, y para ello utilizaron los terrenos destinados, hasta esa época, para la agricultura. Ya en 1950 se hizo indispensable hacer un plan urbano con mayor precisión de lo que se había desarrollado, pues los migrantes no encontraban lugar donde vivir y, por esta razón, comenzaron con tomas ilegales de terreno que formaron los primeros barrios marginales de la ciudad.

Elena vivía en uno de esos sectores, pero a pesar de la vulnerabilidad asegura que “no se vino a Santiago para volver al campo”. “Ya estaba acá y había pasado un montón de sufrimientos, entonces no iba a tirar todo por la borda, menos cuando me había casado y ya tenía una vida hecha en esta ciudad”, manifiesta.

El trabajo de urbanización se demoró al menos 20 años y permitió la entrega de empleo temporal en la construcción a todos aquellos que tuvieran los conocimientos mínimos para poder rendir en las labores que se les designaba.

El resultado fueron asentamientos definitivos y disminución en la mortalidad infantil, por lo tanto hubo un crecimiento sostenido de la población en las zonas urbanas del país, como es el caso de Santiago, Valparaíso y Concepción.

También, durante aquellos años los mandatarios se convirtieron en grandes constructores de los espacios urbanos a través de la Corporación de la Vivienda (Corvi), creada en 1953, lo que planteó dos novedades para la época: “por un lado, producción masiva de viviendas y, por otro, la creación de un sistema de puntaje que acabó con el tráfico de influencias de la antigua cooperativa de vivienda” (108, 1998) y que más personas pudieron cumplir con el sueño de la casa propia.

“Yo me tuve que inscribir para recibir una casa en la Población Las Mercedes (comuna de Estación Central), y tuve que pagar una platita cada cierto tiempo. No me acuerdo cuánto, pero no era mucho parece. También, teníamos reuniones varias veces para ver los avances y ayudar en lo que podíamos para que nuestras casitas resultaran”, dice Demofila.

“Yo pasé por ese sistema de puntaje y ahorro de dinero. Me costó hartito juntarlo y estuve hartito tiempo esperando mi casa, pero después lo logré y me cambió la vida”, explica satisfecha. “Y era que no, si por fin tuve ventanas con las que se podía ventilar la casa, antes ni eso teníamos”, se ríe. Un tema no menor, cuando se supone que “estas viviendas alteraron la forma de habitar de los obreros y sus familias”, explica el libro *Historia de la vida privada en Chile 3* (2001: 80) haciendo referencia a que “el conseguir una casa no sólo significó

adquirir una 'vida propia', sino también la posibilidad de otorgar una identidad, incluso, al interior de los hogares”, expone (2001:84).

“Me acuerdo que tuvimos que irnos a vivir para allá antes de lo que nos habían dicho, porque unas personas quisieron tomarse nuestras casas. Así que partimos todos a cuidarlas con monos y petacas, haciendo turno en las noches para que no se metieran. (...) Una sabía que a harta gente le faltaba la casa, pero nosotros éramos tan pobres como ellos”, dice, quien se fue a su hogar sin que el inmueble tuviera agua, luz ni baño.

Por esos tiempo, también, eran los propios vecinos quienes se organizaban para terminar de adecuar sus viviendas, incluso con la instalación de los servicios básicos. “La gente ahora no se imagina que le entreguen una casa sin agua potable, pero para nosotros era normal. Incluso, creo que sentíamos que era nuestra responsabilidad ir mejorando nuestra condición entre nosotros mismos”, relata Demofila.

Por lo mismo, este tipo de poblaciones celebraba año a año el avance de la construcción de los servicios necesarios, puesto que “eran motivo de alegría y orgullo” (2001: 82), relata el libro *Historia de la vida privada 3*. A modo de ejemplo, Demofila cuenta que “nosotros fuimos juntando pesito a pesito hasta que instalamos los postes de luz, otros pesitos para el agua, y así se fue dando. La gente que ahí vivíamos ayudábamos en las instalaciones y para celebrarnos, todos los aniversarios hacíamos una fiestecita”.

Las tomas de terreno y el sentido de pertenencia

Similar ambiente se vivía en las tomas de terreno. El diario la *El Siglo* escribió en 1959 con motivo de la celebración hecha en la junta de vecinos de La Barea que “ a las ocho horas hubo embanderamiento general de las viviendas, que en número de 200 se levantan en los terrenos tomados por los pobladores en 1954, sucediéndose a continuación una serie de actos que duraron todo el día, prolongándose hasta avanzadas horas de la noche” (93, 2001).

Las tomas de terreno “eran la única forma de tener una casita para quienes no tenían el dinero para esperar que le dieran una, además todos sabíamos que sin la plata no podrían conseguirla nunca, era difícil en ese entonces”, resalta Elena. En ese sentido “la única solución de parte de los sectores populares fue la autoconstrucción con materiales de deshecho y en sectores que no les pertenecían” (107, 1998), relata Daniela Sepúlveda en el libro *De tomas de terreno a campamentos*

Para controlar estas tomas, los gobiernos ejercieron una labor erradicadora. “Se hizo un traslado masivo de habitantes desde los terrenos donde se habían instalados hacia otros donde habían sido loteados y urbanizados por el Estado, en cuyos sitios se iniciaba la construcción de viviendas definitivas” (108, 1998), sostiene el texto.

Sin embargo, con el primer censo de viviendas, hecho en 1952, las autoridades pudieron dimensionar la magnitud del problema habitacional “al declarar que

las viviendas precarias o 'no apropiadas' para la habitación ascendían a 374.306, lo cual representaba el 30 por ciento de las residencias existentes en el país. Dicha situación se agudizaba si se utilizaba como referencia sólo a la ciudad de Santiago, que registraba la existencia de 119.163 viviendas precarias, es decir 36,2 por ciento del total" (2001: 97), señala la publicación de Sagredo.

Además, en las tomas de terreno se desarrolló un sentimiento de pertenencia y de colaboración que llevó a que estos sectores de la población se sintieran autónomos ante la institucionalidad. "La relación entre los pobladores y las instituciones estatales, sobre todo luego que el presidente Gabriel González Videla fuera a (la toma del) Zanjón para poner la primera piedra de un conjunto de viviendas de emergencia y que en el mismo lugar los ingenieros de la Caja de la Habitación rechazaran los permisos de construcción, provocó en lo sucesivo que los pobladores mantuvieran una acción autónoma sin engancharse totalmente en una relación clientelista con los gobiernos" (1998: 108).

Así a los gobierno de turno no les quedó otra que aceptar la organización de las tomas de terreno y contribuir en su progreso y habitabilidad. El caso de la toma de terreno de La Victoria estableció un hito en la historia nacional, puesto que fue un ejemplo de ocupación a través de la movilización social y, porque logró una acción negociadora con el Estado, con la que evitó el inmediato desalojo y concretó que sus integrantes se radicaran en dicho territorio.

Estas acciones fueron las que fomentaron las creaciones de juntas de vecinos, centros de madres, clubes deportivos, cooperativas y otras organizaciones comunitarias, a raíz del trabajo local que se hacía. “Yo asistía a la de mi barrio y era ideal para todos, ya que también se hacían actividades a los niños. Imagínese que nos juntábamos siempre. Yo iba a tejer y conversar. Aprendíamos mucho”, relata Elena. Y mientras se persigna, dice “por suerte nosotros conseguimos una casita rápido. No nos costó tanto encontrarla, aunque pasamos por momentos que no fueron tan buenos en piezas de cités que en realidad no era nada al lado de las tomas de terreno, donde había que estar cuidando que no te echaran. Bueno, si lo hubiera vivido le habría puesto el hombro, que se le iba a hacer”, subraya. Y agrega: “Por lo que alcancé a conocer, las tomas eran momentos bien lindos y de mucha organización. Yo creo que si hubiera vivido por allá me habría sumado no más, si lo importante era tener una casita, un techo para vivir”, asegura Elena.

“Si me habría tocado a mí habría tenido que apoyar. Yo tuve un hermano que después de casado se fue a vivir a una toma de terreno que había por allá por San Pablo. Vivían más o menos no más, y para más después los echaron de ahí porque era terreno privado. Ahí yo le conté lo de la Corvi y postularon también”, contesta Demofila.

“De esa gente que vivía con ellos, me acuerdo que varios recibieron ayuda de la iglesia. Los curas del Hogar de Cristo, me parece, siempre andaban

ayudando en lo que podían. No todos esto sí, pero algunos eran bien buenos con los pobres”.

La institución católica fundó en 1957 la sección Vivienda que consistía en voluntarios que tenían por objetivo asistir a los jefes de hogar en el levantamiento de sus mejoras “o mediaguas” a un precio irrisorio y carente del costo de la mano de obra” (2001:103).

Los estudiantes secundarios y universitarios también participaron en estas acciones, más varias otras organizaciones que aportaron, en conjunto a “que todos pudiéramos tener casa, fuera como fuera, pero el sueño de la propia casa que a veces no es para todos”, concluye Elena.

“Ver el partido por la tele era como si me metiera para patear la pelota”

Eran pasadas las dos de la tarde del 30 de mayo de 1962 y todos los vecinos del barrio Yungay apuraban el paso para llegar a tiempo al club deportivo, único lugar que contaba con un televisor para ver el inicio del mundial de 1962 que se realizó en Chile.

“El club quedaba a dos o tres cuadras de mi casa, ya no me acuerdo bien, pero con mi marido corrimos para llegar. Lo primero que vimos fue al presidente hablando”, cuenta Elena.

“Era un espectáculo tan bonito. Además que verlo por la tele era otra cosa. Era como si yo me fuera a meter adentro para patear la pelota también”, afirma. Y agrega que “yo me emocionaba de ver esas imágenes. Mi marido quería que dejara de hablar. Es que a veces hablo mucho, pero esa vez estaba emocionada de verlos. Además, no había otra forma, sino era en la sede no era en ningún lado porque nosotros no teníamos televisión”, dice Elena.

En otra parte de la ciudad de Santiago se encontraba Demofila, quien mientras preparaba el almuerzo, escuchaba por la radio estas palabras: “Señores. En nombre del Gobierno y del pueblo de Chile me complace dar la más cordial bienvenida a todas las delegaciones extranjeras que han llegado hasta nuestro país a participar en este significativo acontecimiento que es el Campeonato Mundial de Fútbol”.

Así comenzaba el discurso que el presidente Jorge Alessandri Rodríguez dio en el Estadio de Arica, sede del encuentro, momentos antes del partido inaugural entre Uruguay y Colombia.

La alocución del mandatario proseguía destacando la “enorme importancia” que las actividades del deporte habían adquirido “en la vida de los pueblos, otorgando especial trascendencia a estos torneos. Concitan ellos el fervor de las masas y constituyen un valioso instrumento de solidaridad y acercamiento entre las naciones”.

“Es posible, señores, que no disponga nuestro país de todas las comodidades y adelantos que otros pudieran ofrecer. Es probable que subsistan algunas insuficiencias que no hayamos podido superar, pese a nuestros esfuerzos. Pero, lo que yo os puedo asegurar y de ello podéis estar ciertos, es que en este rincón alejado del mundo existe para todos un sincero reconocimiento por habernos distinguido con la designación de país sede de este campeonato y en especial una expresión de afectuosa amistad hacia quienes están entre nosotros para intervenir y presenciar este importante acontecimiento deportivo. Reciban todos el más cordial saludo del pueblo de Chile. También el deseo fervoroso de que el éxito acompañe el esfuerzo de los participantes. Y que el triunfo definitivo premie a aquellos que lo merezcan por sus aptitudes morales y físicas. Declaro inaugurado el Campeonato Mundial de Fútbol de 1962”, terminó Alessandri.

“Sus palabras me emocionaron, no sé por qué tanto, pero todos nos abrazamos y aplaudimos. Era un momento muy especial nunca habíamos sido tan famosos, ni siquiera ahora que la selección de fútbol ha estado en otros países”, recuerda Elena.

Los dieciocho días del certamen deportivo comenzaron a gestarse una década antes: durante los Juegos Olímpicos de 1952. Sin embargo, sólo dos años después se concretó la inscripción en la FIFA a través de Juan Pinto Durán,

líder de la Federación de Fútbol Nacional, y Carlos Dittborn, quien hasta esa fecha era el presidente del Club Deportivo de la Universidad Católica.

El 10 de junio de 1956 se llevaron a cabo en Lisboa, Portugal, las votaciones que definieron el país que sería sede. La competencia estaba entre Argentina y Chile.

Dittborn, en un impecable inglés, señaló como argumento entregado a favor de nuestro país, que la nación contaba con seguridad política y respeto por los distintos credos y razas. Además, apeló al artículo dos de los estatutos de la FIFA sobre el fomento del fútbol en las naciones poco desarrolladas.

A continuación de las respectivas palabras se realizó el sorteo que, finalmente, benefició al país con 32 votos a favor, 10 en contra y 14 en blanco, como detalla el libro *Nuestro mundial. 50 años de historia de la ANFP*, del periódico El Mercurio y la Compañía de Acero del Pacífico. (3, 2012).

“Cuando fue electo Chile para hacer el mundial todos estábamos contentos y queríamos que no pasara nada para que no nos quedáramos fuera de esta cuestión”, cuenta Elena, quien asegura que no se acuerda mucho de los partidos como tal, porque nunca le interesó el fútbol, pero sí cuando jugaba la selección. “Para ese mundial aprendí a ver fútbol, antes no me importaban los equipos, ninguno, ni siquiera el Colo Colo”, añade.

Algo similar dice Demofila al declarar que “de los juegos no me acuerdo mucho, pero sí de lo que dijo, este que estaba encargado... ¿cómo se llama? Uno que organizaba poh... el que dijo no tenía nada, pero quería mucho. Me acuerdo porque era como lo que nos pasaba a todos, no teníamos nada, pero

intentábamos tener hartos, aunque igual no lográbamos tener nada o casi nada”, recuerda.

La frase a la que hace referencia es: “Porque no tenemos nada, queremos hacerlo todo” y fue dicha por Dittborn en una entrevista al matutino El Mercurio antes de ir a exponer a la FIFA.

La expresión quedó en la memoria colectiva a tal punto que el estadio de Arica, que lleva el nombre del ex dirigente deportivo, tiene esta oración en el marcador en recuerdo del gestor y promotor de la Séptima Copa del Mundo que se hizo, por primera y única vez, en Chile.

Un terremoto en la previa al mundial

En 1958 asumió Jorge Alessandri con la promesa de poner manos a la obra al plan mundialero que debía cumplir Chile, lo que incluía la construcción de estadios y recintos deportivos, como también obras viales y de telecomunicaciones.

No obstante, su plan se vio mermado por causa de una catástrofe. Se trata del conocido terremoto de Valdivia del domingo 22 de mayo de 1960, que alcanzó los 9,5 grados en la escala de Richter, y que se produjo dos años antes del encuentro.

El evento sísmico quedó registrado como uno de los más fuertes que se hayan producido en el mundo y casi termina por echar abajo los deseos de vivir en casa el Mundial de Fútbol de 1962. Al respecto Elena reconoce que su marido lamentó que haya ocurrido este movimiento telúrico ad portas de la

competencia de balompié, aunque asegura que fue después, “varios días más tarde, de cuando se supo sobre la *embarrita* que había quedado en Valdivia”.

De todas maneras afirma que “lo más importante era salvar a la gente que lo estaba pasando mal, pero esas noticias no la teníamos tan rápido como ahora que la tele pasa a cada rato este tipo de cosas. Antes no era así, además nosotros no lo vivimos así tan fuerte en Santiago como allá, aunque igual es cierto que en todo Chile quedó la tendalada. Casi desaparece Valdivia y habría sido terrible, porque es tan lindo”.

En términos estrictos la ciudad sí perdió gran parte de su territorio, sobre todo cuando media hora después del terremoto el mar retrocedió para dar paso a dos olas. La primera, de más de ocho metros de altura; y la segunda, de diez metros. Ésta última “acabó por hundir gran parte de los sueños de la gente del sur”, dice el texto de la Colección del Museo de Historia Nacional, *Terremoto y tsunami de Valdivia* (2002: 5)

Además, unos días después “el desagüe del río Riñigüe hacia el río San Pedro se tapó, lo que amenazó con inundar pueblos y la parte baja de Valdivia”, pero gracias al gigantesco despliegue humano encabezado por el ingeniero Raúl Sáez se logró evitar la tragedia en lo que se conoció como la ‘Epopéya del Riñigüe’”, explica el mismo texto (2002: 7)

Para peor el volcán Riñinahue hizo erupción a propósito de las fallas geográficas que provocó la catástrofe. El diario El Correo de Valdivia señaló que “pilotos de la FACH, de la LAN, y de la misión norteamericana informaron a nuestros expertos en el aeródromo ‘Las Marías’ que en la zona surgió un volcán que despide una columna de humo y cenizas a una altura calculada de dos mil pies”.

“Con todo lo que pasó como no iba a agradecer no haber estado allá para ese momento, imagínate que después se contaron historias como que el agua se vino encima de las casas, que desaparecieron muchas personas y otras cosas terribles”, señala Demofila al respecto de las 2.300 muertes, tres mil heridos y dos millones de ciudadanos que quedaron sin hogar producto del siniestro natural. Una tragedia que enlutó a todo Chile y que llegó a los oídos de la FIFA quienes manifestaron la intención de cambiar de sede para que Chile se recuperara a cabalidad de la tragedia.

La institución deportiva se impactó del desastre natural cuando el diario La Nación tituló el 26 de mayo de aquel conmocionado año de la siguiente manera: “Tres mil muertos y ... desaparecidos en 4 días desastrosos” y a un costado señalaba: “Pérdidas materiales suman centenares de millones de dólares”.

No obstante, en una carta enviada a la institución, el entonces presidente de la República indicó que “a pesar de las dolorosas circunstancias por las que atravesamos, quiero dar a conocer el deseo de todos los organismos del país, de realizar en Chile el Campeonato Mundial de Fútbol ‘Copa Jules Rimet 1962’. De esta manera se cumplirán las aspiraciones legítimas” que esperaba la FIFA, relata el libro *¿Quién es quien? Campeonato Mundial de Fútbol. (7, 1962)*

Pero las consecuencias del terremoto no sólo se manifestaron en la ciudad de Valdivia, sino que en gran parte del centro y sur de la nación. En Santiago la infraestructura también quedó dañada producto del terremoto, lo que empeoraba las condiciones en las que se encontraría el país para recibir el mundial de fútbol.

“Lo que recuerdo es que estaba en la casa y la Mary estaba en la calle jugando con una carretela al otro lado. Entonces yo salí a llamarla, pero que no corriera porque era un temblor, después me di cuenta que era más que eso. Como mi hija siempre fue porfiada, así que dele que corría y corría, y yo la veía arriba y abajo, porque la tierra hacía onditas. Aparecía y se escondía en medio de la calle”, cuenta Demofila. Y agrega: “Después nos enteramos por la radio que no había sido acá el origen, sino en Valdivia, y que había quedado la escoba. Si contaban que se salió el mar, el río, todo”, agrega.

Este movimiento mermó la economía de la época, pero que se fue encauzando cuando el ministro de Finanzas de la época, Roberto Vergara, decidió que las industrias del sur del país trabajaran en el programa de la Reconstrucción. El secretario de Estado comentó al diario El Mercurio el 7 de junio de 1960 que “el Gobierno, como ya lo ha hecho presente está dispuesto a hacer cuando sea necesario para que la industria se encauce en la reconstrucción a la brevedad posible” y para eso hizo que el Banco Estado diera préstamos a estas instituciones con el fin de posibilitar que las mismas empresas ayudaran en la reconstrucción.

Además, tres días después la Corvi puso en marcha un plan de rápidas construcciones, según decía el periódico La Prensa de Osorno. Programas que poco a poco fueron resolviendo la complejo estado de las zonas afectadas, pero que no logró solucionarse para la fecha en la que se realizaría el Mundial en el país.

Chile en tercer lugar

“La misión era hacerlo como sea”, recuerda Elena, “más cuando todos lo estábamos esperándolo”, explica. Ese deseo de la ciudadanía y de los propios

gobernantes, hizo que se tomaran algunas medidas para concretar su acometido. La primera tarea fue cambiar las sedes de los partidos que se harían en las destruidas ciudades de Talca, Concepción, Talcahuano y Valdivia. A eso se sumó que los estadios de Valparaíso y Antofagasta debieron bajarse del encuentro deportivo por no lograr las condiciones arquitectónicas exigidas por la FIFA.

Los que sí participaron fueron las ciudades de Viña del Mar y Arica, gracias a que la Municipalidad de la primera y la Junta de adelantos de la segunda “lograron remodelar sus recintos con fondos propios, mientras que la Braden Copper Company, dueña de la mina El Teniente, permitió la utilización del estadio en Rancagua. Con estas tres sedes, más el estadio Nacional de Santiago, el Mundial pudo realizarse”, señala la publicación *Nuestro mundial. 50 años de historia* (2002: 26)

A Chile le tocó jugar con Alemania Federal, Italia y Suiza. Equipos con una larga trayectoria deportiva que ponían en riesgo la participación nacional en el certamen.

El primer encuentro de la selección chilena se llevó a cabo el 30 de mayo de 1962 contra Suiza. El resultado fue favorable 3 contra 1.

El segundo se efectuó el sábado dos de junio contra Italia y era “un partido que tenía que ganarse”, recuerda Demofila. Y añade “que los italianos eran muy pesados, porque dijeron que Chile era feo. De eso si que me acuerdo, porque salió en todos lados y porque en la casa estaban todos escuchándolo. Parece que ni siquiera trabajamos ese día”.

Sucede que antes de la inauguración se encontraba el periodista Antonio Ghirelli del diario *Corriere della sera* despachando a su país y en sus reseñas comparó a Chile con la Italia de Mussolini cuando aceptó bombardear Londres. En otras palabras señalaba que la organización había sido deficiente y a eso se sumaba el tercer mundismo y la falta de conexión, lo que hacían de esta competencia una situación insufrible para el corresponsal europeo.

La nota fue replicada por El Mercurio y se transformó en una gran razón para que este cara a cara se convirtiera en “La batalla de Santiago”, como fue bautizada por el público, afirma el texto *Nuestro Mundial*. (81; 2002)

En aquel choque resultó vencedor Chile con resultado de 2-0. “Cuando ganamos pucha que hicimos fiesta”, recuerda Demofila, pero la alegría duró poco, ya que el juego siguiente fue contra Alemania y la competencia terminó con saldo desfavorable para el equipo organizador.

Ya en cuartos de final, la selección nacional jugó con la Unión de Repúblicas Social Socialistas (URSS) en la que venció por 2-1, permitiendo la llegada a la semifinal. “Un triunfo justo”, destacó en uno de sus breves El Mercurio. En tanto La Tercera, tituló con un “Viva Chile m...” para seguir con “Nos tomamos el morro ruso 2x1”

El contrincante sería Brasil, el eterno ganador. “Ahí sí que estábamos nerviosos, si podíamos llegar a ser los campeones. (...) Cada vez que Chile metía un gol saltábamos, pero saltábamos todos. Era muy entretenido”, cuenta Elena.

Aquel amenazador 13 de junio el periódico El Mercurio sostenía que el equipo estaba preparado para dar la batalla. Y la dio, pero sin resultados a su favor. Perdió 2-4 en el Estadio Nacional. “Sentimos harta pena. Yo tenía mucha pena y todos los hombres también, por eso creo que se curaron después, para pasarlas con agüita, supongo”, ironiza Elena.

Al día siguiente el matutino anunciaba con sobrias palabras: “Jugarán mañana Chile y Yugoslavia”. Sólo en el tercer párrafo de la información se hablaba de la derrota ante la verde amarillo dirigida entonces por Aymoré Moreira.

El partido por el tercer lugar se concretó tres días después, el 16 de junio de 1962. “Todos estábamos esperándolo, incluso yo que no entiendo de fútbol”, explica Demofila, quien lo escuchó por la radio con toda la familia rodeando el aparato a tubos que aún conservaban.

El encuentro fue a las 14:30 horas, justo a la hora de almuerzo. Pero, a pesar del hambre los hinchas repletaron el Nacional con 67.341 personas que apoyaron al equipo. Luego de casi 90 minutos sin goles, el tablero marcó el 1-0 dejando a Chile como ganador y tercer lugar del certamen, mientras que Brasil salió campeón luego de derrotar a Checoslovaquia.

Así describió el momento La Tercera al día siguiente: “Tarde inolvidable vivió el deporte chileno ayer en el Estadio Nacional. El triunfo sobre Yugoslavia obtenido en el minuto final, hizo vibrar al público que había seguido con gran inquietud el desarrollo sin goles de los noventa minutos de juego. Explosión popular con una vuelta olímpica de los once muchachos que habían llevado la camiseta chilena al tercer lugar en un Campeonato Mundial. Aplausos y pañuelos blancos agitándose en el adiós cariñoso y agradecido de un público que necesitaba una actuación así del deporte más popular. Tarde para el

recuerdo. Última página de un trabajo meticulado y consciente llevado adelante por Fernando Riera, verdadero forjador de la exitosa actuación”.

El director de la revista Estadio, Alejandro Jaramillo, también dedicó unas palabras a este acontecimiento: “Es grande y valioso el triunfo obtenido por el fútbol chileno al clasificarse tercero en el Campeonato del Mundo. El deporte popular lo es también en todas las latitudes, en países grandes y pequeños, lejanos o inmediatos a los centros tradicionales del progreso y la cultura, por eso la colocación merecida por nuestro país tiene una importancia manifiesta. Con razón, pues, todos los sectores ciudadanos se sienten alborozados y reconocen que el fútbol le ha proporcionado un señalado servicio al país”. (2002: 142)

“La alegría era bien grande esa vez”, reconoce Elena. “Si cuando ganó Chile todos saltábamos y la gente celebró en las calles”, dice. Como reconocimiento a su labor la selección nacional recibió un televisor último modelo que entregó el “programa radial Ronda deportiva de Colo Colo y RCA Víctor” por haber llevado “gratos momentos de esparcimiento a los bravos muchachos chilenos”, sostenía El Mercurio al día siguiente del partido.

El rock del mundial: Una fiesta universal

“Lo pasábamos tan bien esos días. La canción del mundial era lo que más sonaba, y nosotras lo que más bailábamos”, recuerda Demofila.

La canción, original del grupo Los Ramblers y con letra del pianista del conjunto, Jorge Rojas, se presentó por primera en el Festival de Viña del Mar en febrero del mismo año del mundial.

El éxito fue inmediato, por lo que grabaron en el sello Demon y vendieron más de 80 mil copias, convirtiéndose en el himno que acompañó toda la temporada deportiva.

“Cómo olvidarse de la canción, si era tan bonita. Se la cantaba a mi hija y con ella practicaba, o entre las hermanas bailábamos tonteando, todavía me la sé”, añade Elena. “Parece que siempre hay cosas que una recuerda más que otras, para mí es esta canción. Me trae a la memoria buenos y alegres momentos. Hasta la puedo cantar: ‘El mundial del 62, una fiesta universal, del deporte y el balón...’”, finaliza Demofila.

III. EPÍLOGO

“Con la dictadura se acabo el crecimiento de todos”

“Ni antes ni ahora nos escucharon nuestro parecer sobre lo que ocurría”, por eso “quiero contar la vida que tuve antes que no me acuerde de nada por vieja. Yo quiero contar a las nuevas generaciones estas cosas que están por olvidarse. Sería terrible que eso ocurriera, pero lo veo venir”, dice Elena al comenzar con el siguiente testimonio:

Era el mediodía del 11 de septiembre de 1973 y en todo Santiago se respiraba el humo de La Moneda ardiendo producto del bombardeo de los cohetes *rockets* lanzados por la Fuerza Aérea a través de sus aviones Hawker Hunter. Las llamas sobresalían los tres pisos del edificio hecho por Joaquín Toesca en el siglo XIX y que había albergado la vida republicana de Chile.

Momentos antes que ocurriera esto, Salvador Allende, el presidente socialista electo democráticamente, tomaba un arma de fuego (regalo de Fidel Castro) y se disparaba, cumpliendo, de esta manera, su promesa: “De La Moneda no me sacan muerto, ni rendido ni exiliado”, anunció el mandatario, según cuentan los sobrevivientes de su escolta, sus dos hijas - Beatriz e Isabel- y los colaboradores que estaban con él en ese instante.

“Desde lejos, las llamas que salían de La Moneda se observaban a una distancia de un kilómetro. El humo junto a las llamas eran dirigidas por el viento

hacia la Plaza de la Constitución”, señalaba el periódico La Tercera dos días después de lo ocurrido.

A esas mismas horas que ocurría el bombardeo, “me encontraba custodiando una casa de la calle Antofagasta, en el centro, mientras los dueños estaban de viaje por México. No estaba con mis hijas, por eso lo recuerdo con tanto detalle”, señala Elena.

Demofila tampoco estaba en su hogar. Justo ese día ayudaba a una sobrina en el cuidado de sus hijos y mientras cambiaba los pañales de los que vendrían a ser sus sobrinos- nietos escuchó:

A las 9:10 de la mañana “la Radio Magallanes transmitió las que serían las últimas palabras de Allende a la ciudadanía. En ellas solicitaba a la población que aprendan la lección de este hecho histórico”, cuenta.

“En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas, esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios”, sentenciaba Salvador Allende a la vez que agradecía la “lealtad y confianza” que los trabajadores depositaron “en un hombre que sólo fue

intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra para respetar la Constitución y la ley, y así lo hizo”.

“Lloré cuando lo escuché”, cuenta Elena. “Yo estaba estresada, como se dice ahora”, testifica Demofila. “El no estar con mis hijos y no saber de ellos me asustaba mucho. Estaba muy preocupada por mi hijo mayor que había ido a trabajar temprano, y no sabía si iba a llegar antes que comenzara el toque de queda. Eso me ponía triste porque a medida que pasaban las horas nos enterábamos de que le pegaban a la gente e, incluso, que mataban en la calle, entonces el susto era grande”, continúa.

“Pero una sufría de puro lesa, porque la leche derramada hace rato. Después supimos que todo había comenzado mucho antes de lo mencionado y nadie en mi casa dio luces de lo que se venía ese día”, insiste Demofila acerca de lo sucedido la madrugada del 11 de septiembre, cuando se advirtió al entonces presidente que las Fuerzas Armadas se habían tomado el puerto de Valparaíso. Situación que hizo que el mandatario se dirigiera hacia La Moneda a las 7:20 am desde su residencia en Tomás Moro.

A los minutos de la llegada del mandatario a la casa de gobierno, el teniente coronel Roberto Guillard, dio a conocer la primera proclama militar a través de Radio Minería y Agricultura, donde le exhortó al socialista dejar su cargo para que las Fuerzas Armadas y Carabineros comenzaran “la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la Patria del yugo marxista”.

La declaración fue firmada por Augusto Pinochet Ugarte, del Ejército; Toribio Merino Castro, de la Armada; Gustavo Leigh Guzmán, de la FACH, y César Mendoza Durán, de Carabineros.

El mensaje de Guillard también daba un ultimátum para quienes se encontraban a esa hora en La Moneda: si no desalojaban antes de las 11 de la mañana, el palacio sería atacado “por aire y por tierra”.

“Y así fue. Fue atacado por todas partes y toda la gente, a excepción de algunos, moríamos de miedo desde las casas, porque nadie entendía qué iba a pasar en adelante”, describe Elena.

“Pero la suerte estaba echada hace mucho rato y eso es lo peor del cuento”, afirma Demofila, “cómo íbamos a hacer algo para defender el gobierno de Allende si dicen que Estados Unidos estaba cortando el chancho. Desde ahí que estábamos jodidos”, asegura.

El rol de Estados Unidos y la organización del golpe

“El 15 de septiembre (de 1970), el Presidente Richard Nixon informó al director de la CIA, Richard Helms, que un gobierno allendista no era aceptable para los Estados Unidos e instruyó a la CIA para que jugara un rol directo en organizar un golpe de Estado en Chile y así evitar que Allende accediera a la presidencia”, señala el Informe Church del Senado estadounidense que fue

citado por la periodista Patricia Verdugo en el libro *Allende: Cómo la Casa Blanca provocó su muerte* (P. Verdugo, 2003: 20)

La investigación explica la intervención de aquel país en el quiebre institucional de 1973 que comandó el General Augusto Pinochet Uriarte, quien sólo tomó el mando a último minuto cuando estuvo seguro de la acción que preparaba la Armada, la Fuerza Aérea y Carabineros de Chile, explicita el texto *La historia oculta del Régimen Militar* de los autores Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda (2008).

Luego de aquel 15 de septiembre “la CIA lanzó una campaña masiva de operaciones encubiertas para derrumbar al gobierno de Salvador Allende. Para lograrlo, los bancos congelaron créditos y la ayuda económica. Se enviaron agentes de la CIA a sabotear la economía y fomentar un movimiento de oposición, como la huelga de camiones que paralizó al transporte.

“Ahí comenzamos a perder. Pasamos de un gobierno popular a no tener qué comer porque escondían la comida. Es verdad que una tenía que hacer cola para ir a buscar leche o pan”, recuerda Elena, “pero también estábamos conscientes, como se dice, que habían otros que nos querían tener así”, sigue Demofila. “Y al igual cómo voté por Ibáñez antes, también lo hice por Allende, y no iba a dar el brazo a torcer, aunque era bien pesado tener que ir a esas colas”, reconoce la misma. De todas maneras “se olía que iba a quedar la

grande”, continúa Demofila. “Y así mismito fue”, sostiene Elena, quien añade: “una dictadura. No le deseo a nadie una dictadura”.

“Después del golpe comenzó una época de estancamiento”

“El 11 de septiembre del 73 terminó con el proceso de Allende y el lento, pero seguro, desarrollo al que se suponía íbamos encaminados”, dice Elena. “Por ejemplo después del golpe las instituciones estatales pasaron a estar controladas por los milicos y era impensado tomarse un terreno o pedir algo sin creer que te podían matar o hacer desaparecer”, señala Demofila.

“Para mí fue una época de estancamiento que no nos permitió seguir creciendo como lo habíamos hecho. En todo sentido. En el personal y en el de Chile. Imagínese que se acabaron los presidentes. Eso ya es demostrativo de la tragedia”, agrega Elena.

Aquellas son las prohibiciones que más resintieron estas dos mujeres: elegir a sus representantes, vivir con seguridad y continuar con la organización social que habían desarrollado con su comunidad.

“Yo siempre me pregunté para qué nos hicieron votar a las mujeres si después no iban a respetar la decisión de los votantes, ni de hombres ni de mujeres ni de nadie, sólo de ese viejo feo de Pinochet”, arremete Demofila. “Pero lo peor fue que la dictadura también enterró nuestras juntas de vecinos y juntas de madres. La dictadura fue una terrible mancha para todos los que vivíamos acá

incluso para mí, Elena Mella, que siempre preferí votar por la derecha o la Democracia Cristiana”, dice.

“Yo creo que es una historia triste para todos”, sigue Elena, y asegura que nadie fue indiferente a este temible momento. “Menos cuando en un solo día se supieron numerosas historias de violencia contra algún conocido del barrio, del trabajo u otros lugares en los que siempre estábamos”, insiste.

“Sé de varias historias terribles que ocurrieron para el golpe de Pinochet. Algunos vecinos nunca más volvieron, a otros les pegaron y hay quienes no nos pasó nada gracias a la virgen, pero tuvimos que vivir en el terror por años”, sentencia Díaz sobre lo acontecido. Por ejemplo, “el mismo día unos vecinos estaban en la calle para el toque de queda. Eran cabritos y venían de una reunión medios tomados. Cuando iban llegando los pillaron los pacos y les preguntaron que andaban haciendo en la calle y que les dijeran el nombre. Uno de ellos se llamaba como el de Cuba (Fidel Castro). Al pobre no le creían y lo llevaron preso. Le pegaron. Estuvo unos días sin volver a la casa y cuando volvió contó que durante casi una semana no le creyeron que ese era su nombre de verdad”, cuenta Demofila.

“Se acabó todo”: el golpe a modo de conclusión

“Se acabo todo”, dice Elena. “Se acabaron las elecciones y sólo pudimos votar por Ibáñez, Alessandri, Frei y Allende y después nada más hasta Patricio Aylwin”, afirma Demofila. Y Elena continúa: “lo peor es que todo giró sobre lo

mismo. Los asesinatos, el régimen, Pinochet y su esposa. Ya no era como antes que, independiente que fueran buenos o malos gobernantes una votaba para que salieran electos”.

“Se terminaron las organizaciones entre vecinos. Desde ese momento nadie más se habló y todos teníamos miedo que nos acusaran a los militares de alguna cosa, hasta yo que no andaba metida en nada”, señala Elena y Demofila contesta “yo sufría por mis hijos que sí estaban en desacuerdo con los milicos. Ya veía que no regresaban más”.

“Nadie más quiso venir a Chile. Incluso para el mundial de Alemania la selección jugó un partido (de fútbol) sola en el Estadio Nacional porque los Rusos se negaron a venir. Metieron hasta un gol los ridículos. Obvio que iban a ganar si no había nadie en el arco de los otros”, recuerda Elena.

“No hubo más trabajo, porque se acabaron las industrias y los cordones industriales donde trabajábamos hombres y mujeres”, describe la misma. Y Demofila responde: “No es que antes del golpe haya sido tan mejor, sólo que se hacían cosas sin que mataran a diestra y siniestra y eso es un gran alivio que a veces se olvida”.

“Santiago se puso feo. En vez de construir casa bonitas empezaron a hacer esos departamentos chicos que se llueven”, dice Elena, quien considera que “por lo menos antes tenían patio”. “Esa es una diferencia con cuando era más

joven, porque nosotros participábamos de cuando se hacían las casas. Ahora los mandan a vivir a chuchunco y todos apretados”, sentencia Demofila.

“Todo eso se acabó, pero no creo que haya sido mejor, sólo que quizás había más relación entre las personas, no sé en realidad. Antes la gente se hablaba y no estaban pegados al teléfono (“cedular” en la transcripción original) o al computador”, considera Elena. “Son otros años. Yo después del golpe me dediqué a mis nietos y lo demás fue menos importante. Me puse vieja”, concluye Demofila.

BIBLIOGRAFÍA

“Creíamos que se acabaría el mundo por culpa de ese volcán”

1. Arias, Romero (2011) *El volcán Quizapú y la erupción histórica más grande de Chile*. Obtenido del sitio web http://www.geohiggins.com/pyflow/Vol.2,%20no.1/Romero_Arias_Quizap%C3%BA1932.pdf revisado en febrero de 2014.
2. Amigo, A. (2009) *Erupciones del Quizapu: tras las huellas de Domeyko, Fuenzalida y Bruggen*. Santiago: Sernageomin
3. Bustos, J. (1934) *Estudios sobre la crisis volcánica de la cordillera de los Andes* de Julio Bustos Navarrete. Santiago: Universo.
4. Diario El Mercurio 13 y 20 de abril de 1932.
5. Noticia del Diario La Nación de Argentina sacado del sitio web <http://www.mdzol.com/nota/305721-cenizas-en-el-cielo> revisado en octubre de 2013.

“Nos trataban como las huachas porque vivíamos sin la familia”

1. Eltit, D (1994). *Crónica del sufragio femenino en Chile*. Obtenido del sitio web Memoria Chilena en el link memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0031311.pdf revisado en febrero de 2014. Santiago: Edición del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam)

2. Gregorio, C. (1998) *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género*. Madrid: Narcea.
3. Informe Nacional de demografía y sociedad del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) de 1955. Sitio web www.ine.cl
4. Quay. E (2008). *Muchas Zitas: la juventud Obrera Católica y las empleadas de casa particular*. Ensayo dentro del libro de Pinto. J. *Mujeres. Historias chilenas del siglo XX*. Santiago: LOM
5. Muñoz. L (2007) Centro de Estudios de la Mujer –Chile. *Fenómenos migratorios y género: Identidades femeninas “remodeladas*. Obtenido del sitio web http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22282007000100004 revisado en mayo de 2015.

“Queríamos participar igual que los hombres”

1. Censo 1970 del Instituto Nacional de Estadísticas (INE).
2. Diario El Mercurio 3 y 4 de noviembre de 1952.
3. Diario La Nación 3 y 4 de noviembre de 1952.
4. Educación Museo Histórico Nacional de Chile. Edición Museo Histórico Nacional. *Las chilenas en las primeras elecciones municipales*. Obtenido del sitio web: www.dibam.cl/Recursos/Contenidos/Museo%20Hist%C3%B3rico%20Nacional/archivos/VotofemeninoMunicipales1935.pdf revisado en mayo de 2015.
5. Eltit. D (1994) Edición del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam). *Crónica del sufragio femenino en Chile*. Obtenido del sitio web Memoria

- Chilena en el link memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0031311.pdf revisado en febrero de 2014. Santiago: Edición del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam).
6. Gaviola, Jiles, Lopresti y Rojas (1986). *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*. Santiago: Edición de Centro de Análisis y difusión de la condición de la mujer, 'La Morada, Fempress, Ilet Isis Librería Lila Pemci, Centro de Estudios de la Mujer.
 7. Instituto Nacional de Estadísticas INE (2006). Informe de Alfabetización en Chile. Obtenido en el sitio web www.ine.cl/filenews/files/2006/septiembre/pdf/alfabetizacion.pdf revisado en mayo de 2015.
 8. Quay. E (2008). *Muchas Zitas: la juventud Obrera Católica y las empleadas de casa particular*. Ensayo dentro del libro de Pinto. J. *Mujeres. Historias chilenas del siglo XX*. Santiago: LOM
 9. Moulian, T. (1986). *El gobierno de Ibáñez. 1952- 19858*. Santiago: Edición del Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

“Queríamos dejar de vivir en el barro”

1. Censo año 1952, Instituto Nacional de Estadísticas (INE). Obtenido del sitio web www.ine.cl.

2. Geisse, G. Edición Colegio de México (1983). *Economía y Política de la Concentración Urbana de Chile*. Ciudad de México: Edición Colegio de México
3. Hurtado, C. (1996). *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno*. Obtenida del sitio web Memoria Chilena <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0007380.pdf>. Revisado en mayo de 2014.
4. Laval, E. (2013) Edición de la Revista Chilena de Infectología. *Epidemia de tifus exantemático en Chile (1932- 1939)*. Obtenido del sitio web http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0716-10182013000300007&script=sci_arttext. Revisada en junio de 2014.
5. Martínez, J. Edición de la revista de Geografía Norte Grande (1997). *Urbanización, crecimiento urbano y dinámica de la población de las principales ciudades de Chile entre 1952 y 1992*. Obtenido del sitio web http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/32769/D-19908.00_es.pdf?sequence=1. Revisada en junio de 2014.
6. Sagredo, R., Gazmuri, c. (2001). *Historia de la vida privada en Chile 3. El Chile contemporáneo. De 1925 a nuestros días*. Santiago: Penguin Random House
7. Sepúlveda, D. (1998). *De tomas de terreno a campamentos*. Santiago: Editado por la revista INVI del Instituto de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.

“Ver el partido por la tele era como si me metiera para patear la pelota”

1. ANFP, El Mercurio y la Compañía de Acero del Pacífico (2012). *Nuestro mundial. 50 años de historia*. Santiago: El Mercurio.
2. Diario El Mercurio mayo y junio 1962
3. Diario La Nación mayo y junio 1962
4. Diario El Correo de Valdivia mayo y junio 1962
5. Diario La Prensa de Osorno mayo y junio 1962
6. El diario ilustrado (1962). *¿Quién es quien? Campeonato Mundial de Fútbol*. Obtenido del sitio web Memoria Chilena en el link <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0037195.pdf>. Revisado en marzo de 2014.
7. Museo de Historia Nacional. Editado por Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam). *Terremoto y tsunami de Valdivia*. Obtenido del sitio web www.dibam.cl/Recursos/Contenidos/Museo%20Hist%C3%B3rico%20Nacional/archivos/TERREMOTOVALDIVIA1960.pdf. Revisado en marzo de 2014.

“Fue un historia triste para todos”

1. Carvalho, A. Salazar, M. y Sepúlveda, O. (2008). *La historia oculta del Régimen Militar. Memoria de una época 1973- 1988*. Santiago: Uqbar editores
2. Verdugo, P. (2003) *Allende: Cómo la Casa Blanca provocó su muerte*. Santiago: Editorial El Ateneo